COMEDIA FAMOSA.

EL CONDE DE SALDAÑA.

PRIMERA PARTE.

DE D. ALVARO CUBILLO DE ARAGON.

PERSONAS QUE HABLAN EN ELLA.

El Rey Don Alfonso.
El Conde de Saldaña.
Bernardo del Carpio.
Don Gaston, Cavallero.



El Conde Don Rubio.
La Infanta Ximena.
Doña Sol.
El Alcayde de Luna.



Don Bermudo, Cavallero.
Abenyusef, Moro.
Monzòn, Lacayo.
Dos Soldados, y Musicos.

JORNADA PRIMERA.

Salen Bernardo del Carpio, y su criado Monzòn.

Monz. OY, que la Aldèa has dejado,
donde intratable has vivido,
yà la Corte te has venido:
oy, que en Palacio has entrado,
y el Rey honra con mercedes
à tu padre, y mi señor,
para lucirte mejor,
ceñirte la espada puedes:
que aunque te vì muchos dias
en la montaña en que estabas,
que las fieras sujetabas,
y sin armas las vencias,
no perdonando ambicioso,
terror de aquella maleza,
del Ciervo la ligereza,
la ferocidad del Osso
en tu edad, y aqui està mal
sin espada un Cavallero.

Bern. Sin que mi padre primero
lo permita, no harè tal:
oy le pedirè licencia,
y con su gusto lo harè,
puesto que es mi padre, y que
se le debe esta obediencia.

Monz. Ha, cuerpo de Dios con tanta
humildad! espada pido,
si yà no es que has venido
por Menino de la Infanta:
en tu espiritu gallardo
estraño la cortesìa.

Bern. Yà conocerà algun dia
el mundo quien es Bernardo.

Monz. Tu padre viene contento,
y del Rey favorecido;
la sopa se te ha caìdo

en la miel para tu intento:
llegale à hablar satisfecho
de tu amor, y tu razon.
Bern. Jamàs le pedì, Monzòn,
cosa que por mì aya hecho.
Monz. Yo lo creo, pues en duda
siempre lo bueno condena,
y para hacer cosa buena,
aun el nombre no le ayuda:
perdona, si claro, ò turbio
mi lenguage no te quadre.
Bern. Mal nombre tiene mi padre?
Monz. No se llama el Conde Rubio?
mi capricho no te asombre,
porque en qualquiera ocasion
de perlas viene el chitòn,
por no decir tan mal nombre:
O que mal nombre! mal año:
y tu has de llamarte asi?
Bern. Si yà su hijo nacì,
he de tomar nombre estraño?
Monz. Bueno es que tras un diluvio
de hazañas, que de tì espero,
muy vulgar, y muy casero
te llames Bernardo Rubio:
no viene bien. *Bern.* A tu humor
tan buena locura igualo.
Monz. Ello bien puede ser malo,
mas no puede ser peor.
Sale el Conde Don Rubio.
Rub. Què estais tratando los dos?
Monz. Miren què falso que viene! *ap.*
Rub. Este bastardo me tiene *ap.*
enfadado, vive Dios;
la sobervia, y el desdèn
nacieron con èl (què enfado!)
pues con haberle criado,
no puedo quererle bien:
que como en ofensa mia
naciò (digo de mi amor)
aunque con tanto valor
la Infanta de mì se fia,
de suerte en mi pecho lidia
aquel antiguo pesar,
que aun no he podido olvidar
ni los zelos, ni la embidia.
Quise à la Infanta, y atento
à su amor llorè desvelos;
no me oyò, y de aquellos zelos
aun dura este sentimiento.
Este piensa que es mi hijo,
y pudiera conocer,
que no lo es, solo con vèr,
que en su presencia me aflijo:
porque el amor paternal
jamàs se pudo encubrir;
mas còmo ha de discurrir
bien, el que naciò tan mal?
Bern. Señor, yà sè que ofendido
te muestras siempre de mì,
mas yà en tu casa nacì
sin culpa de haber nacido:
bien que culpa llegue à ser
nacer con desdicha igual,
porque es culpa original
en los hombes el nacer.
Lo que à suplicarte vengo,
es, que supuesto, señor,
que no me falta valor,
y años suficientes tengo,
permitas, y dès licencia
(si mi aliento no te enfada)
para ceñirme la espada,
que en esta humilde obediencia
à mi sangre satisfago,
y debes reconocella,
pues pudiera yo sin ella
ceñirmela, y no lo hago.
Rub. Espada? pues aun no puede
sin ella; y con la razon
templar vuestra presumpcion,
y sin verguenza, y sin miedo
buscais ocasion mayor?
Bien parece (estoy sin mì)
que sois::- mas quedome aquì.
Bern. No soy tu hijo, señor?
Rub. Què gentil rapacerìa! *ap.*
pues sabed::- *Ber.* Fortuna escasa! *ap.*
Rub. Que no ha de haber en mi casa
mas espada, que la mia.
Monz. Tome eso, mire si obra
la purga, mire si brama
contra el hijo: èl no se llama
Don Rubio? pues basta, y sobra.
Bern. Tan malo es tener, señor,
à tu lado un hijo honrado,
que

que puesta la espada al lado,
mire por ella, y tu honor?
Tan fuera và de camino
ceñirme la espada yo?
Què padre no se alegrò,
por Natural, y Divino
Derecho comun, y usado,
de vèr su imagen, y vèr
restituìdo su sèr
en el hijo que ha engendrado?
Quién no quiere vèr copiada
su persona toda entera,
desde la calza à la cuera,
desde el puñal à la espada?
Solo tu, cuya pasion,
llevandote à ser ingrato,
gustas de vèr tu retrato
con aquesa imperfeccion.
Y dudo, quando contrasto
el rigor en que me aflijo,
si soy, ò no soy tu hijo,
si eres mi padre, ò padrastro.
Quien los exercicios trueca,
de su mismo sèr se enfada:
yo nacì para la espada,
como otros para la rueca;
y vive Dios::- *Rub.* Imprudente,
basta yà, que vèr no quiero
en vuestra mano el acero,
que se acobarde, ò se afrente.
Bern. Acobardarse en mi mano
el azero? *Rub.* Sì, rapàz,
que ni valiente, ni audàz
puede ser el que es villano.
Bern. Luego yo villano soy?
Rub. Mucho aquì me descubrì: *ap.*
Yo puedo hablaros asi.
Bern. Claro està, y por eso doy
à mi espiritu gallardo
reportacion tan felice,
que à ser otro quien lo dice,
se acordàra de Bernardo.
Mas bolviendo à hacer la cuenta
conmigo, hallo à consolarme,
que no puedes tu afrentarme
sin tener parte en la afrenta:
porque à ser de otra manera,
antes que lo pronunciàra
la lengua se la sacàra
vive Dios, à cuya fuera.
Rub. Esta arrogancia insolente
pretendo yo castigar.
Monz. Mal, señor, sabes llevar
una inclinacion valiente:
el rio mas caudaloso,
con la mañana puede ser
vadeable, y que el que ayer
fue sobervio, oy sea piadoso.
Las prohibiciones fueron
causa de impetu mayor:
dejadle correr, señor,
por donde todos corrieron.
Vadeale con descanso,
que es rio, y ha de parar,
como todos en el mar,
no le oprimas, y irà manso.
Rub. Su desverguenza, su mengua
de tì la pudo aprender;
pero yo sabrè poner
una mordaza en la lengua
à entrambos. *Bern.* Mira, señor::-
Rub. Què castigo ay que no os quadre?
Bern. No es posible sea mi padre *ap.*
quien me habla con tal rigor.
Monz. Ni quien Don Rubio se llama
puede, por Christo Sagrado,
ser padre de un hombre honrado:
llamese Rubia una Dama,
y no sin causa me quejo,
pues nadie puede dudar,
que es mina de rejalgar
un Don Rubio, ò Don Bermejo.
Rub. Me respondeis?
Monz. Quièn responde?
Rub. Villano. *Bern.* Tu hechura fui.
Rub. Idos entrambos de aqui.
Bern. Yà me voy.
Sale el Rey, y acompañamiento.
Rey. Què es esto, Conde?
con quièn el disgusto ha sido?
Rub. Señor::- aora me vengo. *ap.*
Bern. Yo, señor, soy quien le tengo
indignado, y ofendido:
mi padre tiene razon
de estàr conmigo enojado,
y à tus pies::- *Rey.* Pues yo he llegado,

y enojos de padre ſon,
no aya mas por vida mia.
Rubio. Si vueſtra Alteza ſupiera
quien es eſſe, no le hiciera
tanta merced. *Rey.* Conde, el dia
que en la Corte eſtais, colijo
de las honras que os prevengo,
que para mi mas no tengo
que ſaber, que es vueſtro hijo.
Bern. Es culpa calificada,
indigna de mi obediencia,
llegar à pedir licencia
para ceñirme la eſpada,
quando en mi valor ſegura,
en mi edad, y en mi nobleza,
la miſma naturaleza
eſta falta me mormura?
Si eſta es gran culpa, ſeñor,
que la caſtigueis eſpero.
Rey. Conde, el noble Cavallero,
el que naciò con valor,
el que con ſangre excelente
los ojos al mundo abriò,
la eſpada con èl naciò,
deſde la cuna es valiente:
luego aquel valor empieza,
que ſus paſſados le dieron,
porque de un parto nacieron
las armas, y la nobleza.
La eſpada es bruñido eſpejo
del honor, candido armiño;
nunca el niño noble es niño,
nunca el viejo noble es viejo.
Si eſto ſolo ocaſionò,
Conde, vueſtro enojo, oy quiero,
armando e Cavallero,
ceñirle la eſpada yo.
Bern. Deja, ſeñor, que Bernardo
la tierra que piſas beſe.
Rub. Callar tengo, aunque me peſe. *ap.*
Rey. Un Cavallero gallardo
ſin eſpada no ha de eſtàr.
Monz. Goceis del Fenix la vida.
Saca en una fuente eſpada, y eſpuelas.
Aqui, ſeñor, prevenida
la tenia. *Rey.* Eſto es honrar
à quien lo merece tanto:
Llegad, Bernardo, que eſpero,
que en vueſtro brazo el acero
ha de ſer del Moro eſpanto.
Ciñele el Rey la eſpada.
Bern. De vueſtra mano, quièn duda,
y de vueſtro nombre honrada,
que ſi es temida embaynada,
que ſea invencible deſnuda?
Rey. Hagaos muy dichoſo Dios:
Conde, eſto ha de ſer aſsi,
yo la eſpada le ceñì,
calzadle la eſpuela vos.
Rub. Eſto mas! viven los Cielos::- *ap.*
Bern. No diſsimula el peſar: *ap.*
que tenga de vèrme honrar
quien me engendrò, embidia, y zelos!
no lo entiendo. *Monz.* Aunque mas ladre,
y à la eſpada el Rey le diò.
Bern. Parece, que debo yo *ap.*
mas ſangre al Rey, que à mi padre.
Rub. Què peſar! à vueſtra Alteza
obedezco, y ſirvo aſsi.
Rey. Es debida, Conde, en mì
tal honra à vueſtra nobleza.
Bern. Deſde oy, ſeñor, deſde oy os ſacrifico
en el altar de la obediencia mia,
ſiempre rico de amor, y ſiempre rico
del favor, y mercedes de eſte dia:
oy he buelto à nacer, oy comunico
al alma nuevo sèr, nueva alegria,
pues dando à mi nobleza mas nobleza,
por tì renace, y à vivir empieza.
La eſpada, que oy me ciñes cō tu mano,
ſerà horror, àſſombro, y maravilla
del Alarbe Andaluz, del Africano,
que en ſangre tiñe barbara cuchilla:
las margenes veràs del Occeano
reducidas al centro de Caſtilla,
ſin que para cumplirlo ſean eſtorvos
ſelvas de lanzas, ni de alfanges corbos.
Yà me veràs en las ſangrientas lides
apellidar tu nombre valeroſo,
deſde el Mar Gaditano, en quien Alcides
de un monte, y otro ſe labiò coloſo,
haſta el Pyrinéo excelſo, en quien divides
del Franco Imperio, el Eſpañol famoſo,
que yo ſolo he ſer, pues ſolo baſto,
quien aclame la voz de Alfonſo el Caſto.
Eſte rayo de acero, eſte gallardo
co-

cometa de dos filos, este trueno
ha de ser en el brazo de Bernardo
azote universal del Agareno:
ya en desnudarla, y esgrimirla tardo;
sienta el turbante de plumages lleno
el ruidoso golpe, que amenaza
al que los antes de la adarga embraza.
Yà el belicoso estruendo me provoca
à buscar sus marlotas, y almayzares,
y ocioso el freno en la espumosa boca
abatir del cavallo los hijares,
darè al bridon esta animada roca,
desbaratando Esquadras à millares,
hasta poner al pie de tu fortuna
cautiva, y presa la menguante Luna.
Rey. Creo de vuestro valor,
Bernardo, lo que ofreceis.
Bern. Como vos, señor, me honreis,
quanto he dicho harè mejor.
Monz. Aunque el Conde se desplace
de esta bizarra braveza,
crea, señor, vuestra Alteza,
que es hombre que dice, y hace.
Y yo no me quedo atràs,
porque, aunque humilde he nacido,
me criè con èl, y he sido
de sus cymbrones el zàs,
de sus prestezas el juego,
de sus golpes el amago,
el ruìdo de su estrago,
y la chispa de su fuego. *Tocan caxas.*
Rey. Creolo: mas què rumor
oygo? *Rubio.* Novedad estraña!
Dentro. Viva el Conde de Saldaña
victorioso, y vencedor.
Rub. Sin duda el Conde ha llegado
con victoria. *Rey.* Gran jornada!
yà de su valiente espada
me reconozco obligado.
Rub. Con el aplauso que vès,
traen al Conde tus vassallos.

Sale el Conde de Saldaña de Soldado muy galàn, con todo el acompañamiento, y tocan caxas.

Conde. Muertos dejo dos cavallos
hasta llegar à tus pies. *De rodillas.*
Rey. Conde, à mis brazos llegad,
que aunque la victoria infiero,
saberla de vos espero
con mayor gusto. *Cond.* Escuchad,
que obedeceros, señor,
es iman de mi alvedrìo,
supuesto que el valor mio
nace de vuestro valor.
Yace, generoso Alfonso,
entre dos sierras un valle,
un pensil entre dos montes,
entre dos muros un Parque,
una perla entre dos conchas:
assi me explico mas facìl,
pues con almenas de nieve,
siendo perla inestimable,
le guardan, y le conciben
sus brutescos omenages.
En este, pues, sitio alegre,
que para victorias tales,
palestra, y cerco dichoso
previno la comun madre,
hallè à Zeylàn, que venìa
tan sobervio, y arrogante,
tan dueño de su fortuna,
que para que conquistasse,
le pareciò corta empressa
el blasòn de tu Estandarte.
Traìa el valiente Moro
seis mil Flecheros Infantes,
que al disparar todos juntos,
tal vez por lisongearle,
pavellon al Sol hacìan
con las saetas volantes
aquel espacio pequeño,
que avecindaban los ayres.
Engrossaban su Esquadron
de Toledo seis Alcaydes,
à cuyo cargo venìan
tres mil ginetes Alarbes,
cuya variedad de plumas,
repartida en los turbantes,
de Africanos avestruces
formaba vistoso enxambre.
Las adargas Tuneciès,
las marlotas, y almayzares,
de bufano doble aquellas,
y estas de seda, y estambre.
En las Andaluces yeguas,

que

que con relinchos, y escarces
al clarin le respondian
confundidos los metales.
Traducìan la Campaña
mucho Abril, à mayor Parque,
en cada nervioso brazo,
yà acometa, yà amenace,
blandiendo el valiente fresno,
juntaba por ambas partes
los dos opuestos extremos
de acicalados remates.
Toda esta pompa en efecto,
todo este vistoso alarde,
de galas lucha apacible,
de armas bèlico certamen,
que ni Africa menos forja,
ni menos teje Levante,
à las garras, y al bramido
de tus Leones audàces,
se viò poderoso un Lunes,
y desvanecido un Martes.
Este, pues, dichoso dia,
(aunque cobardes le infamen
supersticiosos agueros
de cobardias vulgares)
sobre un alazàn tostado,
Arabigo en nombre, y sangre,
Castellano en la lealtad,
Andaluz en lo arrogante,
con humos Aragoneses,
con alientos Catalanes,
tan Español en efecto,
que del Betis los cristales,
para examinarle hijo,
le reconocieron Sacre.
De crin, cernejas, y cola,
al moverse, y al hollarse,
eran las cerdas gualdrapas,
y al correr, alas que esparce.
No viò en su carrera el Sol,
sacando fuego en el Ganges,
oro peynando en las nubes,
nieve alegrando en los Alpes,
grana bordando en las selvas,
y espuma tascando en mares,
alado bruto, que pueda
competirle, ni igualarle.
La rienda ajustè, y apenas
à los batidos hijares
llamò la dorada espuela,
quando respondiò con sangre,
para convertirse en fuego,
porque era el suyo tan grande,
que relinchando centellas,
las piedras que pisa, y parte,
para mejorar de esfera,
se vieron llamas voraces.
Puse en orden mis Soldados,
discurro por todas partes,
formando los Esquadrones
en bien repartidos haces;
y al son de bastardas trompas,
como destemplados parches,
se trabò la escaramuza
entre los sangrientos bates.
Durò el tesòn invencible
hasta las tres de la tarde,
sin que de tanta fortuna
el rostro se declarase.
Y viendo que porfiaban
los sucesos tan neutrales,
la dicha tan contingente,
la victoria tan dudable,
embidè el resto en la vida
de mis sudores, y afanes.
Busquè al General, y hallèle
esgrimiendo el corbo alfange,
que à costa de tantas vidas
gozaba purpureo esmalte.
No asi à la tìmida presa
el Aguila caudal bate
las alas, mostrando à un tiempo
garra, y pico de diamante,
como yo parto à embestirle,
y él à recibirme parte.
Chocaron pecho con pecho
los caballos, que leales
titubearon sufriendo
el encuentro formidable.
Tan en sì se hallaba el Moro,
que despues de recobrarse
tirò un rebès, y cortò
del freno los alacranes,
dejandome sin las riendas,
como sin timòn la nave.
Mas logrando mejor tiempo

en

en lo preciso del lance,
falseè con una punta
en su pecho, malla, y ante,
abriendo para la muerte
fuente de rojos granates.
Cayò del cavallo el Moro,
donde con ansias mortales,
en monumento de arena
sirvieron à su cadaver
de tumba la blanca adarga,
de pyra el rojo turbante.
Apellidè la victoria:
viva (dixe) viva en jaspe
el nombre de Alfonso el Casto,
viva en bronces immortales.
El Sarraceno Esquadron,
como es fuerza que desmaye
todo cuerpo sin cabeza,
viendose sin ella, abate
las medias Lunas, que yà
eclipsadas, y menguantes
à la luz de tanto Sol,
lloraron golpes fatales.
Vergonzosamente huyeron,
y yo siguiendo el alcance,
al triunfo de esta victoria
concedì el ultimo vale.
Ganè cincuenta Vanderas,
los cautivos, y el vagage,
negandome à la codicia,
repartì à mis Capitanes.
Enriquecì mis Soldados,
porque civiles achaques
no desluciesen mi gloria,
que es el soborno mas facil
de quien arriesga su vida
con lo que ganò, pagarle.
Esta victoria te ofrezco,
por mì este laurèl te añades,
en tanto que con tus huestes
en bucefalos navales,
recobrando nuevos mundos,
el Marmol Sagrado saques
del cautiverio, que llora
tanto Religioso Acates,
que de tu valor lo espero,
porque la victoria cantes,
porque tiemble de tì el mundo,
porque tus Pendones Reales
se ensalcen con mi valor,
para que el mundo te aclame,
y porque victoria, y vida
à tu grandeza consagre.

Rey. Conde, otra vez, y otras muchas
llegad à mis brazos. *abrazale.*

Cond. Rasgue
del libro de mi ventura
esta hoja, quien la hallàre
doblada, porque algun dia
la fortuna no se canse.

Monz. Oyele, por Jesu-Christo,
que està bien dicho el romance;
pero si yo le dijera,
no habìa de poder quietarse
la turba de Mosqueteros
en hora y media cabales.

Bern. Aparta: què bien responde! *ap.*
vive Dios, que me ha llevado
toda el alma, por Soldado,
y por valeroso, el Conde.

Rub. Apenas lugar me dà *ap.*
la embidia, que he recibido,
para darle el bien venido:
què ufano, y sobervio està!

Bern. Què dignamente le dàn *ap.*
aclamacion comunmente!
Què bizarro! què valiente!
què gentil hombre, y galan!
Parece que èl mismo ha sido
su artifice milagroso,
lo robusto con lo ayroso,
lo fuerte con lo lucido.
Tan igual es, tan al justo
miro en èl, que no han faltado
lo galàn por delicado,
ni por feròz lo robusto.

Rey. Conde, yà con vos no puedo
tener siniestra fortuna,
vos sois la basa, y coluna
de mi Corona. *Cond.* En Toledo
tu silla pienso poner.

Rey. Si vos desnudais la espada,
con sangre alarbe manchada,
no dudo que venga à ser.

Cond. Ay Ximena! con què enojos *ap.*
vivo en quanto verte tardo!

Monz. Apenas mi amo Bernardo *ap.*
quita del Conde los ojos.

Cond.

Cond. El Conde Don Rubio aqui? *ap.*
cómo la Aldèa ha dejado?
cómo à hablarme no ha llegado?
mala señal (ay de mì!)
Si mi Bernardo (à quien tiene
en su poder) si mi hijo
es muerto? mas què me aflijo?
nunca el mal tan sordo viene.
Rey. Porque veais lo que os quiero,
y mi amor conozcais oy,
el mayor oficio os doy
de mi mayor Camarero:
juradle, y servidle, Conde.
Cond. Vuestra Alteza asi procura
dàr lustre à su humilde hechura,
y à su grandeza responde.
Rub. Yà crece mi embidia fiera. *ap.*
Bern. Vive el Cielo, que me he holgado,
que el oficio le aya dado,
mas, que si à mi me le diera.
Monz. Para lo que èl ha servido,
no monta esto quatro blancas.
Rey. La Tenencia de Simancas
està vaca, y no he querido
proveerla, porque vos
lo hagais: dadla à algun amigo.
Cond. Bien, señor, mostrais conmigo,
que sois imagen de Dios,
pues con valor singular,
de vuestra grandeza usando,
no solo dais, pero dando,
tambien enseñais à dàr.
Darè al Conde esta Alcaydìa. *ap.*
Rub. Si el Rey su agravio supiera, *ap.*
menos mercedes le hiciera;
pero sabràlo algun dia:
voyme, por no estàr mirando
embidioso, y desabrido,
la mano del ofendido
al mismo ofensor honrando. *vase.*
Rey. Recorriendo estoy que daros,
Conde, y para que ganeis,
amigos, y siempre deis
nueva ocasion de alabaros,
permito que podais dàr
de mi Càmara dos llaves.
Cond. Mercedes, señor, tan graves,
quien las mereciò gozar?
Quièn son estos Cavalleros?
que quiero en vuestra presencia,
puesto que me dais licencia,
honrarlos, y obedeceros.
Rey. El que à vuestro lado està
es mi ahijado, y heredero
del Conde Rubio. *Cond.* Oy espero
dàr honra à quien me la dà.
Rey. Yo le he ceñido la espada,
y Cavallero le armè.
Conde. Y yo, señor, le darè
por vos la llave dorada:
favor, que se debe al Conde,
despues de ser muy mi amigo:
y este Cavallero, digo,
que al oficio corresponde,
que el Gentil-Hombre ha de ser,
despues de tener nobleza,
galàn por naturaleza::-
Bern. Que aquesto he llegado à vèr!
Conde. Y lo es, à fè de quien soy.
Bern. V. Excelencia sabe honrar
à sus criados. *Conde.* Jurad
de Gentil-Hombre desde oy,
aunque lo contrario siento,
que quien desde que naciò
de Gentil-Hombre jurò,
no ha menester juramento.
Monz. Este sì es Conde, y responde
à su ilustre nacimiento:
và à decir ciento por ciento
del un Conde al otro Conde.
Rey. Tratad, pues, de descansar,
y vedme luego.
Conde. Señor,
en mi el descanso mayor
es serviros. *Bern.* Si escusar
el juramento no puedo,
y es preciso en mi nobleza,
perdoneme vuestra Alteza,
que con el Conde me quedo.
Rey. Quedaos, Bernardo, y contento,
porque à mi amor corresponde,
hacer en manos del Conde
el solemne juramento. *vase.*
Conde. El rapàz es estremado; *ap.*
de esta edad, sì, me parece,
que serà Bernardo: oy crece
con el amor mi cuidado.
Desde aquel dichoso dia, que

que al Conde se le entreguè,
no le he visto mas, ni sè
mas, de que el Conde le cria.

Sientase el Conde en la silla de dosèl para jurar à Bernardo.

Bern. En mano de V. Excelencia
De rodillas.
hago pleyto, y juramento
de servir leal, y atento
con todo amor, y assistencia.
Conde. Basta. *Bern.* Ya la mano espero,
y que con ella me honreis.
Conde. Mucho, señor, me debeis,
desde que os vì, mucho os quiero;
pero hacer esto me toca,
que es vuestro padre mi amigo:
alzad. *Bern.* No he de alzarme, digo,
hasta que estampe la boca
en vuestra valiente mano,
honra de esta Monarquìa.
Conde. Decidme, por vida mia,
teneis acaso otro hermano?
Bern. No señor. *Cond.* Vos sois gallardo:
solo sois? *Bern.* Y aun, segun passa,
pienso que sobro en mi casa.
Cond. Y còmo os llamais? *Ber.* Bernardo.
Conde. Bernardo? y què, no teneis
otro hermano? *Bern.* No señor.
Conde. Y algun page, Labrador
en la Aldèa, conoceis
de vuestro nombre? *Bern.* Tampoco.
Conde. Este mi hijo ha de ser, *ap.*
y temo (ay Dios!) que el placer
me mate, ò me buelva loco.
Monz. Este es, señor, Bernardito,
el arrojado, y traviesso.
Conde. Lo peor que tiene es esso.
Monz. El que desde tamañito,
por alentado, y brioso,
con un esquadron de perros
andaba por essos cerros
tras el javalì, y el osso.
En aquesto se ocupaba,
y quando despues bolvìa,
la caza de todo el dia
à las Zagalas la daba,
sin dexar para su mesa
sola una pluma, Señor,
Conde. Esso es de buen cazador.
Monz. Y como: de garra, y presa,
que en la Aldea no ha dexado
moza de buen parecer.
Cond. Què? *Ber.* Señor::-*Cond.* Debe de ser
herencia lo enamorado.
Bern No quieres callar? *Monz.* Ya callo.
Conde. Sus partes son excelentes: *ap.*
ò corazon! nunca mientes;
no me canso de mirallo.
Por què decìs que sobrais,
siendo solo en vuestra casa?
Bern. Señor, lo que en ella passa
sin provecho averiguais;
mi padre, cuyo desdèn
juzgo adversion natural,
debe de quererme mal,
pues que no me trata bien.
Conde. Mal os trata? otro testigo *ap.*
en este mal tratamiento
declara con juramento,
que es verdad lo que yo digo;
no tiene razon el Conde.
Monz. Señor, èl es un Neròn;
y porque en su inclinacion
à su sangre corresponde,
valiente, honrado, y cortès,
oy, con termino inhumano,
le dixo que era villano.
Conde. Villano? *Monz.* Villano, pues;
y muchas veces villano.
Conde. Viven los Cielos, que miente: *ap.*
Y què hicisteis? *Bern.* Obediente
le besè entonces la mano,
reverenciando el castigo.
Conde. Esso es lo que hacer debeis,
y mientras que assi lo haceis
sereis mi hijo, y mi amigo.
Ber. Pluguiera à Dios, que aunque quadre
mal esta razon primera,
si padre elegir pudiera,
os eligiera por padre.
Cond. Què decìs? Aunque me aflijo, *ap.*
el corazon me ha passado:
Esso dice un hombre honrado?
(vive Dios, que sois mi hijo)
un noble assi corresponde?
Bern. Señor::-*Cond.* Vos teneis nobleza.

Bern. Es tan grande su aspereza::-
Conde. Estimad, Bernardo, al Conde,
pues como padre os criò,
que essa es la mayor hazaña.
Bern. Señor Conde de Saldaña,
vuestra hechura serè yo.
Conde. Que no digo esso; sì digo::-
mas quiero dissimular. *aparte.*
Al Conde aveis de estimar,
ò no aveis de ser mi amigo;
y con esto, à Dios, Bernardo,
idos con Dios. *Bern.* Vuestro soy.

Vanse Bernardo, y Monzòn.

Conde. Si es mi hijo, por quien soy,
que es alentado, y gallardo!

Sale el Rey.

Rey. Conde? huelgome de hallaros
aqui. *Conde.* Siempre vuestra Alteza
me hallarà tan puntual.
Rey. Vuestro valor, y prudencia
aveis de mostrar aora:
ya sabeis (y es cosa cierta)
que no tengo succession,
ni esperanzas de tenerla.
Conde. Bien sè que os llaman, señor,
Alfonso el Casto, por esta
profession. *Rey.* Estadme atento:
Mi hermana Doña Ximena
es Infanta de Leon,
y siendolo, es mi heredera.
Conde. Y dueño del alma mia. *aparte.*
Rey. Pues ella imprudente, y necia,
el casamiento reusa,
que tanto estimar debiera,
del Conde de Barcelona:
siendo assi, que por la mesma
razon, que yo lo deseo,
le aborrece, y le desprecia.
Vos aveis de persuadirla
con razones tan atentas,
tan graves, tan eficaces,
tan lucìdas, y tan vuestras,
que venga en ello, que à vos
solo fiaros pudiera,
Conde, accion tan singular,
y tan dificil empressa.
Ella ha de salir aqui
primero que se prevenga:
habladla, Conde, y mirad,
que las mas heroycas prendas
de vuestros servicios grandes,
todas se incluyen en esta.
Conde. Señor::- *Rey.* No me repliqueis,
ella sale, y la obediencia
de hombre como vos, no admite,
ni rèplicas, ni respuestas.

Vase el Rey, y sale la Infanta sola.

Infant. Conde, què pesar es esse?
Conde. Bien pregunta vuestra Alteza,
que como va por costumbre
se vàn, sin dudar en ella,
à mi casa las desdichas,
en lugar de norabuenas,
se me pregunta esso à mì,
y quien lo pregunta acierta.
Ya no me cogen de susto:
tan hallado estoy con ellas,
que pienso ir à buscarlas
quando en venir se detengan.
Infant. Pues aora que mi hermano
(Dios le guarde) à hacer empieza
tantas mercedes en vos,
y à daros la norabuena
salgo yo, dais al semblante
sobrescrito de tristeza
sabiendo que es para mì
quanta en vuestros ojos sea?
Cond. Estamos solos? *Infant.* Sì, Conde,
hablad. *Conde.* Mi bien, mi Ximena,
yo fui, por mi mal, dichoso:
ò què costosa experiencia
he hecho de que las dichas,
si son grandes, no son ciertas!
Quando al sugeto se ajustan,
se gozan, y se celebran;
pero quando son mayores,
ò se ahogan, ò se quiebran,
como higas de azabache,
à quien la embidia atormenta.
El acordado instrumento,
dulce, y regalado suena
con las cuerdas, que en èl caben;
pero no, si sobre aquellas
otras le ponen, que entonces
suena mal, y no concuerda.
Todo esto, señora, he dicho
para

para explicar, ſi pudiera,
la pena de ſer dichoſo,
quien no ſer dichoſo eſpera.
El Rey me manda, que os hable:
(ya lo dixe) el Rey me ordena,
(què dolor!) que os perſuada,
(què tormento!) que os advierta;
pero para què me canſo?
caſaros quiere ſu Alteza
con el Conde. *Infant.* Ya lo sè,
ya lo sè: què coſa nueva
venis à decirme, Conde?
El de Barcelona intenta
caſar conmigo (què engaño!)
mi hermano, que lo deſea,
(què locura!) os ha mandado,
que me hableis (gran diligencia!)
Para aſſentar eſta baza,
el Conde pone en la meſa
un Rey (gran carta!) y Amor
en vueſtra mano reſerva
un triunfo, que aunque es pequeño,
à ganarle ſe atravieſſa.
Viene à morir à mi mano,
alargo yo, con que queda
tan desbaratado el juego
de ſu parte, y de la vueſtra
tan ſeguro, que podeis,
dexandolo por mi cuenta,
dar varato à los mirones,
y al alma, que lo deſea.
Conde. Ay dueño del alma, y como
el temor juſto rezela,
que han de decir que he ganado
con cartas falſas cohechas!
Baraja, que ſon de Amor
fullerìas, aunque inciertas,
porque quando mejor la pinta,
el poder, las atropella.
Infant. No podràn, Conde, en mi mano.
Conde. Qué importa, ſi en mi cabeza
podràn? *Infant.* Pues Conde, advertid,
que el que en ſu primera esfera
al carro del Sol ſe atreve,
y ſobre doradas ruedas
gyra globos de criſtal,
golfos navega de Eſtrellas,
campañas de luz fluctùa,
y rumbo de Aſtros penetra:
aunque despues de dichoſo
rayos fulminados ſienta,
duros precipicios llore,
y muertes pàlidas vea,
la gloria de aver llegado
al laurèl, que le deſpeña,
mayor vida le aſſegura,
mayor fama le reſerva.
Morir por mì, no es deſdicha;
padecer por mì, no es pena;
morid, Conde, pues que yo
por vos muero, y no me peſa.
Conde. Sola eſſa muerte es mi muerte.
Infant. Solo eſſe temor me aquexa.
Conde. Yo sè deſpreciar mi vida.
Infant. Yo sè morir por la vueſtra.
Conde. Pues viva mi Amor conſtante.
Infant. Y mi fé inmortal, y eterna:
à Dios, Conde.
Conde. A Dios, Infanta.
Infant. Què ventura! *Cond.* Què terneza!
Infant. Què te vàs? *Conde.* Señora, sì.
Inf. Bolveràs à verme? *Cond.* Es fuerza.
Infant. O quien ſe viera tu eſpoſa!
Conde, O quien tu eſpoſo ſe viera!

JORNADA SEGUNDA.

Salen el Conde de Saldaña, el Conde Don Rubio, Bernardo, y Monzòn.

Rub. Oy, ſeñor Conde, quiero,
en ley de Cavallero,
reſtituir la prenda, que ha cauſado
en vos mas guſto, en mì mayor cuidado.
Conde. No es tiempo, Conde, no, por vida mia:
primero aveis de vèr mi corteſía,

 que

que aunque ayer en Palacio
no me disteis lugar, quiero de espacio,
Conde, que conozcais que no me olvido
del titulo, y blason de agradecido.
Su Alteza (Dios le guarde)
haciendo ayer de su grandeza alarde,
me hizo merced: quièn ay que no presuma
serìa de mis meritos la suma?
Pero quantos lo vieron son testigos,
que repartì el favor con mis amigos;
y para vos, que sin hablarme os fuisteis,
(bien sabeis que en aquesso me ofendisteis)
con noble pecho, y con las manos francas
reservè la Tenencia de Simancas.
Despues, por hijo vuestro (Dios lo sabe)
le dì à Bernardo la dorada llave,
porque quedassen (esto es lo que passa)
ambos oficios, Conde, en vuestra Casa;
y assi, de entrambos siento,
que me debeis igual conocimiento:
sì bien, quando mi amor, y amistad toco,
aun mucho mas me parece poco.

Bern. Ay tal valor! *Monz.* Què dices? què respondes?
vive Dios, que es el Conde de los Condes,
el Proto-Conde, el Archi-Conde digo,
y aun el Tataraconde de su amigo:
mas llamase Don Sancho,
nombre, que à todo el mundo le viene ancho,
y aun si otro mundo huviera,
en un Don Sancho pienso que cupiera.

Rubio. Conde, yo la merced os agradezco.
mas quando por mì mismo la merezco,
no me està bien (ya, Conde, se conoce)
que por agenos meritos la goce:
nunca por mano agena
ay merced, ni Tenencia, que sea buena;
dadla à otro amigo, que yo tengo indicios,
que el Rey me harà merced por mis servicios.
Y en quanto à la merced de Gentil-Hombre,
que os diga, no os assombre,
puesto que la merezca,
que Bernardo està aqui, que os la agradezca;
que yo no me condeno
à agradecer el beneficio ageno.

Bern. Señor, (ay mas notable desvarìo!)
ageno llama el beneficio mio.

Monz. Amistad bien pagada! tu has nacido
de un padre por extremo agradecido:

què

què mas decir pudiera,
si algun pesar al Conde le traxera?

Conde. Jamàs, Conde, pensàra
de vos, que bolvierais à la cara,
con tanta ingratitud, con tanto enfado,
las mercedes que os traygo, y he aplicado:
mas si poco os parece,
(claro està, vuestra Casa mas merece)
para vos reservè, para vos guardo,
como la de Bernardo,
plaza de Gentil-Hombre (digno oficio
de un señor como vos) con exercicio
en Palacio, sirviendo juntamente
lo de Simancas por algun Teniente.
Vuestra condicion templad estraña,
que es buen amigo un Conde de Saldaña;
y serviros espero.

Rubio. Ni esso, ni essotro, ni ninguno quiero;
ni me admireis esquivo,
que la merced, que es de èl, no la recibo;
ya quando llega à mì, tan otra viene,
que mas de enfado, que de gusto, tiene.

Bern. Es possible, señor, que quando el Conde
tan noble, y tan leal te corresponde,
con ingratas porfias
desprecies sus mercedes, y las mias?
Essa es correspondencia
digna de la amistad de su Excelencia?
de ingrato te condenas:
vive Dios, que la sangre que en mis venas
conservo tuya, aora me sacàra,
y por no la tener, la derramàra,
si de ella presumiera,
que hacerme ingrato alguna vez pudiera.
Pero no lo serè, porque te advierto,
con rostro descubierto,
que si à ser su enemigo te apercibes,
y la merced por esso no recibes,
de la razon llevado,
me has de hallar de su parte, y à su lado
hasta perder la vida,
que por èl la darè por bien perdida:
quadrete, ò no te quadre,
que es la razon primero, que mi padre.

Conde. Bernardo, què es aquesto?
vos assi descompuesto?

Monz. No has andado,
vive Dios, en tu vida mas honrado.

Rubio. Yo no me espanto de que asi me trates,
que en essos, que parecen disparates,
de derramar tu sangre sin rodèo,
la diferencia de tu sangre veo;
y asi, en nada me aflijo,
que ni tu padre soy, ni tu eres mi hijo. *vase.*

Conde. Conde amigo, esperad: yo estoy perdido.

Bern. Dexele V. Excelencia, pues se ha ido,
que èl me dirà despues, à fé de honrado,
si no es mi padre quien el sèr me ha dado;
y de que no lo sea, no me pesa,
que ingratitud tan barbara como essa,
ni puede darme calidad, ni fama.

Conde. O quanto el noble natural le llama! *aparte.*
pero aqueste traydor, que sabe todo
mi secreto, pretende de este modo
descomponerme, y acabar mi vida:
Ay bellissima Infanta, que perdida
te lloran ya mis ojos!
mas que mi pena, siento tus enojos.

Bern. V. Excelencia llorando? què es aquesto?
vos, señor, tan humano, y tan modesto?

Conde. Bernardo, de un Filosofo se cuenta,
que mirando un ingrato, en quien se afrenta
naturaleza toda,
tiernamente lloraba,
por vèr si su dureza se ablandaba.

Bern. Vive el Cielo, señor, que desse llanto,
me he enfuerecido tanto,
que al que asi le provoca,
con las manos sangrientas, con la boca
despedazar quisiera.

Conde. Su misma sangre su valor altera: *aparte.*
Este llanto, estas lagrimas piadosas
son en mi amor forzosas,
viendo que el Cielo ha dado
un hijo noble à un padre desgraciado;
à un sucesso dichoso
la malicia cruel de un ambicioso;
à un debido recato
la verdad mal segura de un ingrato;
y al fin, à un delincuente
un mal vecino, que le juzga ausente:
Deciros mas no puedo,
que ay mucho que decir, y es mucho el miedo.

Vase el Conde, y detienele Bernardo.

Bern. V. Excelencia, señor, me diga aora
lo que sabe de mì, que quando llora

tan-

tanto hombre,tanto sèr, tanta nobleza,
de amor es, vive Dios, no de flaqueza.
Conde. Què ſabeis vos lo que en mì
puede aver? *Bern.* Debo creer,
que flaqueza no ha de aver
en quien tanto valor vì.
Conde. Hombre ſoy , y flaco he ſido,
pero fue flaqueza honrada.
Bern. Eſſo no es decirme nada
ſeñor, de lo que yo os pido.
Conde. Podrè callar ? ſerà tanta *ap.*
mi entereza con èl ? Sì,
que aqueſto importa (ay de mì)
al pundonor de la Infanta.
Quedaos , Bernardo , con Dios.
Bern. Confuſo , al fin , me dexais?
Conde. Padre teneis: què, os quexais?
no es el Rey mejor que vos. *vaſe.*
Bern. Confuſo , y de horror lleno
me dexa elConde(què mortal veneno!)
mi padre reſpiraba,
que igualmente cauſaba
con deſigual eſpanto,
ira en mis ojos, y en los ſuyos llanto.
Mõz. Yo,ſeñor,lo q̃ de uno,y otro infiero
es,que el Conde es honrado Cavallero;
de tu padre no sè lo que me diga,
porque no ſiempre obliga
la chanza;mas cõforme à lo que arguyo,
me quemen, ſi D.Rubio es padre tuyo.
Ber. Pues padre ha de tener eſteBernardo.
Monz. Eſſo es fuerza.
Bern. Y mi eſpiritu gallardo,
mis penſamientos, y mi heroyco brio
me aviſan de que es noble el padre mio.
Monz. Yo no sè lo q̃ en eſto mas te quadre:
mas por ſalir de un padre,
que Don Rubio ſe llama,
me diera yo à partido, y con el ama
general concertàra,
que hijo de la Piedra me llamàra.
Ber. Vèn,Mõzòn,q̃ del Conde los enojos
me han obligado à enternecer los ojos.
Vanſe, y ſalen la Infanta , y Sol, Dama.
Sol. Es por extremo bizarro.
Infant. Refierenme tantas coſas
de èl , que le imagina el alma,
no como prenda tan propia,
ſino como ya perdida,
y que de nuevo la cobra.
Sol. Pues ya en tu preſencia eſtà.
Infant. Ayudadme , Sol , aora,
que de improviſo un contento
mal ſe encubre , y ſe reboza.
Salen Bernardo , y Monzòn.
Sol. Lo que he decir me advierte.
Infant. Obligale à que reſponda:
hablale , Sol , por tu vida.
Bern. Monzòn , en tanta congoja,
què puedo hacer?
Monz. Divertirla
con la Infanta mi ſeñora
y con Doña Sol.
Bern. A un triſte
aun el miſmo Sol le aſſombra.
Sol. Ha Cavallero , ſois vos
Bernardo? *Bern.* Yo ſoy , ſeñora,
Bernardo , y criado vueſtro.
Sol. Eſtamos muy cuidadoſas
las Damas de conoceros.
Bern. Paſſe eſta vez por liſonja:
yo puedo coſtar cuidados?
Sol. Y muchos. *Monz.* Què ſocarrona! *ap.*
Sol. Dicen que ſois muy brioſo.
Bern. La ſoledad ocaſiona,
aun en muy cortos alientos,
reſoluciones heroycas:
porque la caza , y el monte
ſon una abreviada copia
de la guerra , y ſiempre en ella
logrè felices victorias:
mas què mucho , mas què mucho,
ſi las alcanzan à todas,
en fé de que à ſer mayores
oy à eſſas plantas las ponga?
Infant. Y eſſe eſtilo no es de amante?
Bern. Vueſtra Alteza no me corra,
que aunque Aldeano , bien sè
la obligacion que me toca
de reverenciar ſu nombre.
Infant. Ay Sol! què mal ſe reboza *ap.*
una paſsion tan del alma!
Bern. Pondrè en ſus plantas mi boca.
Infant. Galàn ſois. *Bern.* Ya lo ſerè,
ſi vueſtra Alteza me abona,
que es nueva naturaleza

en

en los Principes las honras.
Infant. Y esse estilo no es de amante?
Bern. Con distincion sì, señora:
El soberano respeto
debido à vuestra persona,
à una parte, y el afecto
amoroso en Sol à otra:
aquel es amor sagrado,
que à reverenciar provoca;
y este es amor mas humano,
que abrasa, pero no assombra,
que obliga, pero no espanta.
Inf. Basta, Sol, que te enamora:
cortesano es el rapàz; *ap.*
de verle el alma se goza.
Monz. Si vuestra Alteza pretende,
que la refiera sus cosas,
yo solo puedo, que soy
coronista de su historia.
No ha visto en sus pocos años
mas fuerte brazo la Europa:
rompe en el ayre una lanza,
quando, blandiendola, dobla
los dos opuestos extremos,
que acerados hierros gozan.
A la mas robusta encina,
que essa montaña corona,
abrazado al firme tronco,
la desbarata, y deshoja.
Si le viera vuestra Alteza
luchar con firmeza, borra
la noticia del Tebano,
poetica, y fabulosa.
Danza, y bayla ayrosamente,
gyradas, y cabriolas
como peonas las teje,
como un repollo las forma.
Es cortès, y agradecido,
sus liberales, y amplissimas
manos, exceden, por Christo,
al pasmo de Macedonia.
Habla bien en las ausencias,
por la razon se apassiona;
y al fin:::-
Bern. Basta, basta, necio,
que alabanzas tan ociosas
me ofenden. *Inf.* Què sabeis vos,
si ay quien con gusto las oyga?
Bern. No serè yo tan dichoso.
Inf. Ya, por lo menos, te toca
hacerle, Sol, un favor.
Sol. Si vuestra Alteza me otorga
la licencia, si lo harè.
Bern. Llorarà perlas la Aurora,
zelosa de vèr que el Sol,
en mas flamante carroza,
por favorecerme indigno,
olvida la verde pompa
de las flores, que la esperan
ya coronadas de aljofar.
Inf. El es galàn, y entendido. *ap.*
Sol. Esta vanda reconozca

Dale una vanda.

en vuestro pecho à su dueño.
Bern. Serà la abrasada Zona,
donde mis sentidos ardan
al Sol de vuestras memorias.
Inf. En èl considero al Conde, *ap.*
tan viva su imagen copia,
que ni lo amoroso miente,
ni lo bizarro perdona.
Bern. Gran dicha, Monzòn, gran dicha!
Monz. El Embaxador, señora:::-
Bern. Ha, pese al Embaxador, *ap.*
y à quien su Embaxada apoya.
Monz. Con el Rey hablando viene,
y con tu padre. *Bern.* Estas bodas
me cansan, y por no verlas
me voy: perdonad, señora.
Sol. Yo tambien, si vuestra Alteza
gusta de quedarse sola.
Bern. Aqui un Escudero aguarda.
Sol. Aqui una esclava se postra.

Vanse Sol, Bernardo, y Monzòn, y sale el Rey leyendo un papel, Don Gastòn, y Don Rubio.

Rubio. Ya no es possible callar
en llegando à esta ocasion.
Rey. Conde, tan grande traycion
el Cielo ha de castigar,
y en mì lo fuera engañar
al Conde de Barcelona,
cuyo amor, cuya persona
no merece, aunque lo intenta,
que yo le embie una afrenta,

quando eſpera una Corona.
Gaſton. Supueſto que vueſtrra Alteza
reſoluciones ignora,
y la Infanta mi ſeñora
oye con tanta aſpereza
mi Embajada, à ſu grandeza
ſuplico, y à vos, ſeñor,
deis licencia::- *Rey.* Què dolor! *ap.*
Gaſton. Para poderme partir.
Rey. Don Gaſton::-
Gaſton. Eſto es cumplir
las leyes de Embajador.
Rey. Bien ſabe el Cielo, que ſiento
del Conde el peſar, y fio,
que ha de ſer mayor el mio,
que ſu juſto ſentimiento:
por aora el caſamiento
no es poſsible que aſſenteis;
eſto al Conde le direis.
Infant. El gozo apenas reſiſto. *ap.*
Gaſt. Siempre en vueſtro pecho ha viſto,
ſeñor, que merced le haceis.
Rey. Querrà el Cielo que algun dia::-
Gaſton. Yà, ſeñor, es eſcuſado,
que mi dueño me ha mandado
deje tan juſta porfia:
orden expreſſa me embia
para partir, oy lo harè,
pues yà para hacerlo sè,
que me ofrece en ſu triſteza
licencia, y mano ſu Alteza,
y vos el invicto pie.
Hace ſu corteſia, y vaſe.
Rey. Aqui importa, Conde amigo,
la prudencia, y el engaño: *ap.*
gran remedio à grande daño,
à gran traycion, gran caſtigo.
Infanta, hermana, oy conſigo
la quietud, que pretendì;
alegraos, no eſteis aſsi:
baſta, dejad la triſteza.
Infant. Guarde Dios à vueſtra Alteza,
ſeñor, mas años que à mi.
Rey. Pudierais haverme hablado,
pues que vueſtro hermano ſoy,
y la Embajada de oy
yà ſe huviera dilatado:
conoces eſte firmado,
y encarecido papel?
Dale el papel.
Infant. Ay Dios! muerta ſoy! En èl,
ſeñor, mi delito veo,
mi muerte, y tu enojo leo:
ha traydor Conde! ha cruel! *ap.*
Rey. Què te alteras? deja el miedo.
Infant. Temo, ſeñor, tu rigor.
Rey. Suſpende aora el temor.
Infant. Còmo en tu preſencia puedo?
Rey. Como tu hermano procedo.
Infant. Como culpada te miro.
Rey. De nada, Infanta, me admiro.
Infant. Eſtoy muerta, eſtoy ſin mi.
Rey. Deſahogate, habla, dì.
Infant. Oye, deſpues de un ſuſpiro:
Valeroſo Alfonſo el Caſto,
cuyo nombre has merecido
por la integridad que gozas,
por la pureza que embidio:
Hermano, Rey, y Señor,
ſi con el nombre te obligo
de hermano, con el de Rey
te ſolicíto el caſtigo,
con el de Señor te ofendo,
con el de Caſto te irrito,
que quien no ſabe de amor,
aborrece ſus delirios.
Pero no me atiendas Caſto,
hermano, atencion te pido,
porque con menos venganza
llegue el perdon al delito.
Yo mirè (terrible trance!)
yo eſcuchè (cruel martyrio!)
yo quiſe (què deſacierto!)
yo amè (què gran deſvarìo!)
à un hombre: bien digo, hombre,
ſi es cierto, que entre infinitos
èl ſolo puede ſer hombre.
Quiſe al Conde (yà lo he dicho)
quiſe al Conde de Saldaña:
ſu perſona yà la has viſto,
ſu nobleza yà la ſabes,
ſu valor yà es conocido,
ſu diſcrecion yà es notoria;
pues què inexpugnable riſco

no se hunde, no se abate,
si le embisten atrevidos
persona, valor, nobleza,
discrecion, gala, y cariño,
y mas quando es el Amor
destos Soldados caudillo?
Yo me rendì, no soy piedra;
yo me humillè, no soy risco;
quisele bien, soy muger:
ò quanto en esto te he dicho!
Bernardo, señor, Bernardo
es tu sobrino (bien digo)
el Conde quien te soborna
con tan heroycos servicos:
yo tu hermana, y èl mi esposo.
Cuñado, hermana, y sobrino
à tus pies piden la muerte,
y yo por todos la pido,
que como la mas culpada,
busco mayores castigos.

De rodillas.

Rey. Ximena, à mis brazos llega,
que aunque sea justo el temor,
soy tu hermano, y sè que Amor
deslumbra, confunde, y ciega:
que aunque de amor no he sabido,
sus mysterios no he ignorado,
que yà, Ximena, han llegado
al alma por el oìdo;
y sè que de sus mysterios
lloraron fatales dias
abrasadas Monarquìas,
y aun arruinados Imperios.
A perdonaros me obligo,
y al Conde he de perdonar,
pues yà no puedo escusar
el daño con el castigo:
que aunque tan mal corresponde
su lealtad à su nobleza,
he menester su cabeza:
vivid vos, y viva el Conde.
Retiraos, y hasta que sea
vuestro esposo, como aguardo,
no os dexeis vèr de Bernardo,
ni el Conde, Ximena, os vea,
que me enojarè con vos,
si sè que le habeis hablado
hasta averse desposado.

Inf. Mil años os guarde Dios. *vase.*

Rey. De buen tercero fiaba *ap.*
reducir la voluntad
de la Infanta; con lealtad
la hablaria, quando hablaba
del Conde de Barcelona:
quièn duda que alli serìa,
entre la suya, y la mia,
preferida su persona?

Rub. Aora, Infanta, me vengo *ap.*
de aquel tu desdèn prolixo,
en tì, en el Conde, y tu hijo.

Rey. Ira, y colera prevengo.

Rub. Què piensas hacer? *Rey.* Si vos,
Conde, ayudais mi esperanza,
Leon verà en mi venganza
el castigo de los dos.

Rub. Y no dices del bastardo?

Rey. No, Conde, que èl no naciò
culpado, ni tengo yo
queja alguna de Bernardo:
ayudele su fortuna;
al punto harèis despachar
un Correo, que à llevar
parta al Castillo de Luna
este aviso, y este pliego.

Rub. Luego à obedecerte voy.

Rey. Tan ciego en colera estoy,
que aun es tarde, siendo luego.

Rub. El Conde viene. *Rey.* Esperad,
dissimulad advertido.

Sale el Conde de Saldaña.

Cond. O què mal aguero ha sido *ap.*
deste encuentro la mitad!

Rey. Conde, dos dias cabales
sin verme? tanto rigor
no lo merece mi amor.

Conde. Beso vuestros pies Reales
por favor tan señalado,
que para mì el daño ha sido,
pues esse tiempo he perdido
de vivir, que os he faltado.

El Conde es noble en efecto: *ap.*
yo pensè mal, y ofendì
su lealtad, pues presumì,
que revelàra el secreto.

Rey. Yà en efecto ſe partiò
el Catalàn deſpachado.
Conde. Nadie à ſentir ha llegado
ſu diſguſto, como yo.
Rey. De vueſtra lealtad lo creo.
Conde. Ser guſto de vueſtra Alteza,
pudo hacer en mi nobleza
mas afecto del deſeo.
Rey. Conozco vueſtra intencion,
y eſtoy de vos ſatisfecho;
y pues ſabeis de mi pecho
la noble reſolucion,
y el deſeo que he tenido,
al Catalàn correſponde,
aunque yà embiaba al Conde,
en viendoos me he arrepentido;
porque sè quanto valeis,
y que activo, y corteſano,
me diſculpareis hermano,
y Rey me diſculpareis.
Partid, Conde, por mi vida,
y ſea con preſteza tanta
vueſtra buelta, que la Infanta
no entienda vueſtra partida,
porque à ella habeis de echar
toda la culpa. *Conde.* Señor,
(aqueſto es lo que à mi amor *ap.*
mas bien le pudiera eſtàr)
irè, ſeñor, y vereis
mi mayor leatad ſirviendo.
Rey. Por vida vueſtra, que entiendo
eſſo miſmo que entendeis:
dadle, Conde, porque parta,
eſſe pliego. *Daſele al Conde.*
Conde. Gran fortuna!
Rey. En el Caſtillo de Luna
dad à ſu Alcayde eſſa carta,
y paſſad vueſtro camino.
Conde. Serè, en lenguage Eſpañol
un rayo de vueſtro ſol,
que à Barcelona fue, y vino. *vaſe.*
Rub. Quien lo entendido, y prudente
buſca, en tu valor lo vea.
Rey. El miſmo quiero que ſea
el miniſtro, y delinquente.
Salen Bernardo, y Monzòn.
Bern. Yo vengo determinado.
Monz. Què decis? *Bern.* Eſto conviene:
quien padre, Monzòn, no tiene,
oficio no tenga honrado.
Rey. Pues Bernardo? *Bern.* A V. Alteza
llego, ſeñor, ofendido
de haber al mundo nacido
ſin valor, y ſin nobleza.
El Conde Rubio, à quien yo
padre he llamado haſta aqui,
enojado contra mì,
que no lo es me confeſsò.
Y aunque à enojo, y ſequedad
puedo haberlo atribuìdo,
en lo mal que me ha querido
reconozco que es verdad.
De villano me ha tratado,
y yà veis que no conviene,
que aquel que padre no tiene,
viva en Palacio afrentado.
Que es moleſto, è importuno,
ſeñor, à quantos le vèn,
quien padre no tiene, quien
naciò hijo de ninguno.
Vos me ceñiſte la eſpada,
eſſa yo la guardarè,
porque en quanto à mì, yo sè,
que eſtà muy bien empleada.
Mas haſta que al mundo aſſombre
con ella, me habeis de dàr
licencia para dejar
la plaza de Gentil-Hombre.
O manda con ſoberano
imperio, pues à vos vengo,
que diga el padre que tengo,
ò ſea noble, ò ſea villano:
El Conde eſtà aquì, èl lo ſabe,
él lo publìca, y lo dice,
ſi nacì tan infelice,
no quiero oficio tan grave.
Que no es bien dàr ocaſion
à que un hidalgo entonado
me diga, que con mi lado
ſe afrentan los que lo ſon.
Porque quando en eſto me halle,
aunque eſteis preſente vos,
lo arrojarè, vive Dios,
por un balcon à la calle.

 Monz.

Monz. Esto con muy linda gala,
saldrà à la calle violento,
como pelota de viento
despedida de la pala.
Rey. Què valiente! què discreto! *ap.*
lastima tengo, y amor,
este efecto del amor,
y aquel de la sangre efecto.
Conde, hicisteis mal, por Dios,
en tratar con aspereza
à quien para su nobleza
no os ha menester à vos.
Rubio. Licencia, tiene, señor,
quien como yo le ha criado,
para mostrarle enojado
severidad, y rigor:
que su condicion es tal,
que si blandura sintiera,
en desbocada carrera
se precipitàra al mar.
Rey. No sois villano, Bernardo,
que aunque al Conde no debeis
el sèr, nobleza teneis
de espiritu tan gallardo.
Quando os armè Cavallero,
y el de Saldaña os jurò,
ni èl os conociò, ni yo
supe à quien ceñì el acero.
Yà lo sè, una sangre alienta
la nobleza de los dos,
quien os afrentare à vos,
à mi, Bernardo, me afrenta.
Mi sobrino sois, y assi,
por escusar de esse excesso,
en publico lo confiesso:
sed Gentil-Hombre por mi.
Ninguno es en toda España
mas noble, estimad mejor
el oficio, y el valor,
que os diò el Conde de Saldaña,
para que la embidia necia
vea, y llore de camino,
que un Rey os llama sobrino,
quando hijo un Conde os desprecia.
Bern. Yà, señor, que de honras tales
me habilitais cuerdo, y sabio,
puesto el generoso labio
sobre vuestros pies Reales,
os pido, suplico, y ruego,
permitais, que sepa yo
el padre que el sèr me diò.
Rey. Esto no ha de ser tan luego.
Bern. Mayores ansias me dàn,
señor, mientras mas aguardo.
Rey. Mi sobrino, sois, Bernardo,
y nora no sepais mas.
Vamos, Conde, por traydor
declaro al que descubriere
à Bernardo, sea quien fuere,
quien es su padre. *Rubio.* Señor,
secreto sabrè guardalle.
Rey. Esto à mi servicio importa.
Bern. Que sea mi dicha tan corta! *ap.*
Monz. No es sino larga de talle:
albricias debieras dàr,
si yà no es que codicias
ahorrarte las albricias,
pues yo las he de cobrar.
Bern. Que hijo al fin yo no nacì
del Conde Don Rubio? *Rey.* No.
Bern. Quièn lo verifica? *Rey.* Yo.
Bern. Soy vuestro sobrino? *Rey.* Si.
Bern. Pues lo demàs que callais
algun dia lo sabrè,
que ilustre mi padre fue,
pues sobrino me llamais:
solo falta, que la mano
me deis. *Rey.* Los brazos os doy.
Monz. Iten mas. *Rey.* Què?
Monz. Que desde oy
no le trate de villano
el Don Rubio, pues yà
serà fuerza que confiesse,
que es delito, y crimen esse.
De sobrino:- *Rey.* Bien està.
Monz. Iten, pues desde este dia
es sobrino despadrado,
aya quien tenga cuidado
de su bocolica, y mia.
Iten:- *Rey.* Ay mas desatinos,
Monzòn? *Monz.* Que en el cartapacio
de las Damas de Palacio
nos traten como sobrinos.
Iten:- *Rey.* Otra? *Monz.* Esta es inmensa,
que

que todo aquefte arancèl
guarden conmigo, y con èl
botilleria, y defpenfa.

Vanfe todos, y fale el Conde de Saldaña de Camino.

Conde. Con tanta prieffa he venido,
y con tanta he de paffar,
que el camino ha de dudar
fi he volado, ò fi he corrido.
Pedirèle alas al viento:
mas feràn torpes, y malas,
que no he meneſter fus alas,
fi voy en mi penfamiento.
Y mas quando en efta calma
el Sol, que ilumina el dia,
leves fufpiros me embia
por menfageros del alma.
Mas pues no puedo efcufar
el poner en propia mano
efta carta al Caftellano
de Luna, quiero llamar.
Què notable Fortaleza!
què bien murado Caftillo!
què defplomado raftrillo!
què almenage! què grandeza!
què dificultofa entrada!
Apenas la herrada puerta
fe permite al Sol abierta;
parece eftancia, y morada
del miedo: à horror me provoca.

Tocan dentro.

Mas con regalado acento
tocar oygo un inftrumento:
no toca mal quien le toca.

Cant. Contento, àcia donde eftàs?
que el mundo todo te adora,
por hallarte, quien te ignora;
quien te halla, por que te vàs.

Conde. A quièn (ay Cielos!) no efpanta
vèr, que al contento oportuno
jamàs le tiene ninguno?
què bien dice! què bien canta!
Siempre el contento faltò,
fiempre en fu fombra fe ofufca:
quien no le tiene, le bufca;
quien le tuvo, le perdiò.

Cant. Forman de tì fentimiento
humildes, y poderofos:
fi à todos tienes quejofos,
por què te llaman contento?
Contra tì es claro argumento,
quando caminando vàs,
lo incierto que fiempre eftàs,
llorando, quando te adora
por hallarte, quien te ignora:
quien te halla, porque te vàs.

Conde. Vive Dios, que ha fufpendido
mi alma efta voz: ò quanto
à la dulzura del canto
fe perfuade el oìdo!
Què inconftante es la fortuna!
què de por vida el pefar!
mas quiero llamar, y entrar:
Ha del Caftillo de Luna.

Por lo alto del Caftillo el Alcayde.

Alcayde. Quièn llama?

Conde. Quien irfe luego
pretende; abrid, Caftellano,
porque ponga en vueftra mano
del Rey de Leon un pliego.

Alcayde. Que vueftro nombre me deis
efpero. *Conde.* Milicia eftraña!
el Conde foy de Saldaña.

Alcayde. Suplicoos que perdoneis.

Conde. Nunca el orden fe condena:
abrid, Alcayde, el Caftillo.

Entrafe el Alcayde.

Alcayde. Yà han levantado el raftrillo,
entrad, Conde, en hora buena.

Conde. Voy à entrar, y el corazon
me dice: Jefus, què engaño!
què difcurfo tan eftraño!
què fantaftica ilufion!
Entrarè, ù darè la carta
fin entrar? terrible puerta!
O quanto el temor defpierta
quien de fu lealtad fe aparta!
Ay Infanta de mi vida!
fi à verte no bolverè?
parece que en cada pie
tengo una montaña afida.
Si el Rey::- mas efto es locura,
mortal parece que eftoy,
y que por mi pie me voy

en-

entrando en la ſepultura.
A reſolverme no acierto,
temeroſo, y diſcurſivo,
quando diſcurro, eſtoy vivo,
quando immovil, eſtoy muerto.
Yà es fuerza que me reſuelva
à la obediencia importuna:
entro al Caſtillo de Luna,
plegue à Dios, que à ſalir buelva.
Entra, ſale el Alcayde, y Soldados.
Alcayde. Con orden del Rey, ſin duda,
viene el Conde. *Sold.* Què ſerà?
Alcayde. Ella miſma lo dirà,
que obra ciega, y habla muda:
ſalir quiero à recibillo.
Sale el Conde.
Conde. Bien lo podeis eſcuſar,
Alcayde. *Alcayde.* Oy tiene de honrar
V. Excelencia eſte Caſtillo.
Conde. Es impoſsible, que paſſo
muy de prieſſa à Barcelona
à coſas de la Corona;
y como eſta Fuerza es paſſo,
me mandò el Rey, que eſte pliego
Daſele.
os dieſſe: abrirle podeis,
porque vos lo ejecutèis,
y porque yo parta luego:
que he de bolver à Leon
tan aceleradamente,
que dude ſi he eſtado auſente
la mas curioſa atencion.
Alc. Conde. *Conde.* De què os admirais?
Alcayde. De que el Rey lo que decìs
no eſcrive, y de que venìs
mas de eſpacio, que penſais.
Conde. Còmo? què pudo eſcrivir?
Alcayde. El Rey::- eſcuſo el decillo;
Soldados, echad el raſtrillo,
que el Conde no ha de ſalir:
leed, Conde, eſtos renglones.
Daſele.
Conde. Primero, Alcayde (ay de mi!)
con el alma los leì.
Alcayde. Prevenid luego priſiones.
Conde. O què bien agradecido *ap.*
os he de eſtàr, corazon!
vueſtras profecìas ſon
tan ciertas, como eſta ha ſido.
Và uno por la cadena.
Mas porque de verdadero
os canonicen, y crean,
lean los ojos, y crean
lo que vos viſteis primero.

Lee. *Alcayde del Caſtillo de Luna, luego que aya llegado el Conde de Saldaña con eſte, ù otro Deſpacho, le ſacarèis los ojos, y le pondrèis en la mas obſcura priſion del Caſtillo.* Yo el Rey.
Llegaſteis, deſdichas mias,
mas no hiciſteis mucho, no,
ſi os ayudò el Rey, y yo
traygo las cartas de Urìas.
Prendiòme el Rey, bien pudiera
templar conmigo el rigor;
mas quien no ſabe de amor,
achaques tiene de fiera.
De nada tanto me aflijo,
aunque mas penas aguardo,
como de que à mi Bernardo
le encubrì que era mi hijo.
Hà Rey! cautelas, y engaños
à tu priſion me han traìdo,
ſepultando en el olvido
ſervicios de tantos años:
vive Dios, que me provoco.
Alcayde. Yà, Conde, no es tiempo deſſo,
conſiderad, que eſtais preſo.
Conde. Perdonadme, que eſtoy loco.
Alcayde. A un Soldado de los dos
entregad la eſpada luego.
Conde. A vos, Alcayde, os la entrego,
y harto hago en daroſla à vos;
y tratadme con decoro,
que aunque preſo, ſoy quien ſoy,
y en aqueſta eſpada os doy
muchas victorias del Moro,
que al Rey, mi Señor, le he dado,
eſcrita con ſangre roja
en el libro de una hoja
de eſſe acero deſgraciado.
Alcayde. Prevenid una cadena. *Poneſela.*
Conde. Yo os agradezco el rigor,

que un prisionero de Amor
à estos hierros se condena.
Alcayde. Prisiones de enamorados
siempre son graves prisiones.
Conde. Son de oro los eslabones,
y por esso son pesados;
y que me saqueis los ojos
tambien he de agradecer,
por tener mas que ofrecer
al dueño de mis enojos.
Ay, divina Infanta mia!
los ojos mi amor te ofrece,
para que mi noche empiece
donde se acabò tu dia.
Alcayde. Apelad al sufrimiento,
Conde, que à esso se dispone
aquel, que atrevido pone
sobre el Sol su pensamiento.
Conde. Vamos, ojos, al crisol
de amor os he de entregar:
quien al Sol pudo mirar,
no buelva à mirar al Sol.
En obscuridad, y espanto
quedais; y pues para vèr,
ojos, no os he menester,
ciegos bastais para el llanto.
Alcayde. Que lastima! que dolor!
Conde. Muera asi quien no rezela
de un sabio Rey la cautela,
y la embidia de un traydor.
Pero en efecto, aunque mas
la embidia sea contra mì,
la gloria, que merecì,
no podrà borrar jamàs.
Ni el Rey, ni el mundo podràn
reducir à eterno olvido
lo que yà una vez ha sido;
quede ciego, quede en calma
quien goza tales despojos,
porque le salga à los ojos
la calentura del alma.
Pues ojos, dejaos cegar,
que yà la fama responde:
Aqui tuvo fin el Conde:
què desdicha! que pesar!

JORNADA TERCERA.

Salen el Rey, Don Rubio, y acompañamiento.

Rey. Agradecido os estoy,
Conde Don Rubio, al aplauso,
y grave recibimiento,
que ayer generoso, y franco,
hicisteis à mi sobrino
Bermudo, à quien he llamado
para hacerle mi heredero:
Asi me vengo, asi trato *ap.*
de hacer mas grave el castigo,
mas penoso, y mas pesado
en mi injusta hermana.
Rub. Ha sido
digna eleccion de un Rey Casto.
Rey. Verdad es, que con la pena,
y el enojo atropellando
la colera à la razon,
del primer furor llevado,
tambien ofrecì lo mismo,
Conde, al Francés Carlo Magno:
la respuesta ha diferido,
no sè si querrà aceptarlo.
Rub. Viendo, señor, que yà tienes
heredero, serà agravio
de la Nacion Española.
Rey. Hermana, pues causa has dado
à esta accion, bien es la veas,
para hacer mayor tu llanto,
con la eleccion de Bermudo,
que han de jurar mis vasallos.
Rub. Yà conoces mi lealtad.
Rey. En què se ocupa Bernardo?
Rub. Rompiendo lanzas està
en el Parque de Palacio.
Rey. Bien està, ocupense en esso
sus pensamientos bizarros.
Rub. Yà la Infanta, con sus Damas,
y Bermudo acompañado
de la Nobleza, han venido.
Rey. Bolved la silla, que en acto
como este, quiero que sirva
à mi grandeza, y su espanto,

con

con la cortina de Afturias
todo el dosèl Caftellano.

Sientaſe el Rey, y vaſe Don Rubio, tocan caxas, y ſale la Infanta por una puerta, y por la otra Bermudo muy galàn, y acompañamiento, y hacen reverencia al Rey.

Rey. Tomad aſsiento, Bermudo:
Doña Ximena, ſentaos.

Berm. Primero, ſeñor, primero,
pues de Aſturias he llegado
à veros, dareis licencia
para que os beſe la mano.

Infant. La miſma licencia os pido.

Berm. Yà la eſpero.

Infant. Yà la aguardo.

Rey. Tiempo avrà para eſſo, haced
aora lo que yo mando.

Sientanſe.

Bien sè, Bermudo, bien sè,
que eſtrañareis el llamaros
tan aprieſa, no ſabiendo
la cauſa para que os llamo.

Berm. Tu carta, ſeñor, me dieron
en Cobadonga, y fue tanto
mi alboroto, que partì
con ſolo veinte hijoſdalgo,
que me eſtaban aſsiſtiendo,
y ſobre el miſmo cavallo
en que andaba à caza.

Dentro Bernardo.

Bern. Abrid,
que para mì no ay cerrado
cancèl, ni cerrada puerta.

Sale Bernardo con una lanza, y Monzòn armado lo mejor que pueda.

Bern. En la forma que me hallaron
las nuevas de eſte ſuceſſo,
vengo, ſeñor, à Palacio
canſado de romper lanzas,
mas no de ſervir canſado.
Hecho un herizo de puntas
queda el Faquì, tres cavallos
he rendido, y treinta lanzas,
en deſmentidos pedazos,
ſubieron à ſer centellas
entre los ardientes rayos
del Sol, bolviendo deſpues
pàlida ceniza al campo.

Alteranſe, y ſe levanta Bermudo.

Rey. Bolveos à ſentar, Bermudo,
no os altereis, que Bernardo
armado os dà el parabien,
y el bien venido os dà armado:
vive Dios, que le ha temido. *ap.*

Berm. Si acaſo es eſte el baſtardo, *ap.*
por cierto que es lindo mozo,
y por extremo bizarro.

Bern. No me habla el tal Bermudo? *ap.*
pues yo tampoco le hablo:
Guarda eſta lanza, Monzòn.

Daſel.i.

Monz. Vive Chriſto, que han temblado;
y que penſaròn ſin duda,
que entrabas à lancearlos.

Bern. Vueſtra Alteza me permita,
que à un hombre, que importa tanto
en tu preſencia, eche menos:
Còmo, ſi aqui ſe han juntado
para accion tan grande, falta
el mayor de tus vaſſallos,
el mas noble, el mas leal,
el mas valiente, y bizarro,
el gran Conde de Saldaña?

Rey. Eſtà auſente, y ocupado
en coſas de mi ſervicio.

Sale un criado.

Criad. El Embajador del Carpio
pide, para entrar, licencia.

Rey. Entre Abenyuſef.

Sale Abenyuſef, Moro, Embaxador.

Monz. El perrazo,
què galàn viene de plumas!
què ſobervio, y què hinchado!

Abenyuſ. Alfonſo valeroſo, el Cielo guarde
tu Real perſona, y à mayor trofeo,
antes que llegue el Sol donde mas arde,
ſe corone tu frente de hymenèo.

Rey. Vamos al caſo, Embajador, q̃ es tarde,
lo que dice tu Rey ſaber deſeo.

Abenyuſ. Si no me engaña, Alfonſo, el penſamiento,
albricias me has de dàr; eſtame atento.

Almanzòr, que en Toledo ſobre el tejo
tiene ſu Alcazar, y ſu ſilla tiene,
à quien tanto criſtal ſirve de eſpejo,
que à porfia del Sol es luz perene,
ſalud por mì te embia; y el conſejo,
que por ſuyo, y primero te conviene
tomar (no pienſo mal, ſi conſidero,
que ſiendo tu enemigo, es el primero:)
Dice, que ſabe por noticias ciertas,
que por guardar la caſtidad, que guardas,
(no sè, ſeñor, ſi en eſta parte aciertas)
la ſuccesſion anulas, y acobardas,
y entregas, capitùlas, y conciertas
à Caſtilla al Francès, cuyas gallardas
Lijes combidas (con cruel ſaña!)
à la invaſion de la invencible Eſpaña.
Y aſsi, de tus intentos condolido,
con noble pecho, y con piedad humana
te pide, y yo por èl, ſeñor, te pido
la divina hermoſura de tu hermana
para ſu eſpoſa, pueſto que vencido
eſtà el inconveniente de Chriſtiana,
en el no profeſſar iguales Leyes,
con exemplares muchos de otros Reyes.
Si en eſto vienes, ſi à conciertos tales
te inclinas, eſtimando la perſona
de Ximena, pondrà à ſus pies Reales
el Laurèl inmortal de ſu Corona,
y vinculando paces inmortales,
con parenteſco, que la ſangre abona,
adornaràn ſus ſienes algun dia
Lorca, Murcia, Xerèz, y Andalucìa.
Pero ſi ingrato ſu aficion deſprecias,
pero ſi entregas al Francès las llaves,
à una guerra daràs dos cauſas necias,
à un caſtigo daràs dos culpas graves:
ſi de Eſpañol legitimo te precias,
còmo olvidarte de Pelayo ſabes?
còmo al Francès (reſolucion eſtraña!)
entregar quieres la indomable Eſpaña?
Pues primero que en ella belicoſo,
Carlos, de tì llamado, eſtampe huella,
has de vèr nueſtro Exercito copioſo
vengar à Eſpaña en ſu mayor querella,
que bien ſabrà valiente, y animoſo,
quien conquiſtarla ſupo, defendella,
y à tì, deſpues que la aya defendido,
te quitarà el Laurèl no merecido.
Eſto manda mi Rey te notifique:
con la paz te combido, ò con la guerra,
aquella acepta, ò eſta ſe publique;
ſu amiſtad oye, ò los oìdos cierra,
porque el enojo, ò la piedad ſe aplique
à perdonar, ò arruinar tu tierra,
que para reſiſtir tanto enemigo,
primero, Alfonſo, ha de acabar contigo.

Rey. Quiero, atento à mi decoro, *ap.*
que Bernardo hable por mì:
Yà tu Embajada entendì;
Bernardo, reſponde al Moro.

Bern. Dile à tu Rey, que ſe engaña;
ò que le engañò el traydor,
que imputò al Rey mi ſeñor,
que quiere entregar à Eſpaña;
y que tambien ſe condena
à otro engaño, en entender,
que puede ſer ſu muger
la Infanta Doña Ximena.
Dos veces ſu engaño ſienta,
ſi necio por èl ſuſpira,
que lo primero es mentira,
y lo ſegundo es afrenta.
Con eſto te he reſpondido,
y quando hacer guerra intente,
dile, que junte ſu gente,
dile, que marche atrevido;
pero que ſi en Francia acaſo
nos juntàremos yo, y èl,
partirèmos el Laurèl,
impidiendo à Francia el paſſo.
Y que ſerèmos amigos
contra la furia Franceſa;
pero acabada la empreſſa,
eternamente enemigos:
porque atento à mi valor
confieſſe Eſpaña deſpues,
que la defendì al Francès,
y la librè de Almanzòr.
Y pueſto que aqui has andado
arrogante, y atrevido,
el caſtigo merecido
à tus locuras no he dado,
porque Embajador no ofendes;
y enojado contra Francia,

te perdono la arrogancia,
por lo que à España defiendes.
Aben. Mi Embaxada desluciò. *ap.*
Bern. Vete, goza de la ley;
y si pregunta tu Rey
quien la respuesta te diò,
dì, que con pecho gallardo
respondiò à su desatino
del Rey Alfonso un sobrino,
y que se llama Bernardo:
no te vàs? *Aben.* Graves respuestas!
Bern. Aguardas à que me enoje,
y que enojado, te arroje
por una ventana destas?
Aben. Peso yo mucho, Bernardo,
y es mi Rey muy poderoso.
Bern. Huelgome que seas brioso.
Aben. Huelgome que seas gallardo:
quando en presencia del dia
resplandece alguna Estrella,
es señal que toca en ella
del Sol la ardiente harmonìa;
y pues tù brillando estàs
en presencia del Sol, creo,
que es conforme à su deseo
la respuesta, y luz que dàs.
Bern. No de un Sol, de muchos Soles
un Español se acompaña.
Aben. Tambien los Moros de España
somos, Bernardo, Españoles.
Bern. Africanos sois, que en ella
vuestro Imperio dilatasteis.
Aben. Y vosotros no baxasteis
de la Scitia à posseella?
Aliento, espiritu, y manos
nos influye un Cielo à todos:
què tuvieron mas los Godos,
que tienen los Africanos?
Bern. Ganarla al Romano arnès
nuestras valientes espadas.
Aben. Y nosotros à lanzadas
os la quitamos despues.
Bern. Que fue à lanzadas conoces,
mucha sangre derramando,
mas yo la irè restaurando
à bofetadas, y à coces.
Aben. Tu Tio te responderà

aquella abrasada aroma,
aquel carbon de Mahoma,
aquel pebete de Alà,
aquel adusto tizòn,
ò abrasante maravilla,
que deborando à Castilla
à sus pies puso el Leon.
Bern. Arrogante, Moro, estàs.
Aben. Toda la arrogancia es mia.
Bern. Yo te buscarè algun dia.
Aben. En el Carpio me hallaràs,
Alcayde del Carpio soy.
Bern. Ya dudo que en èl me esperes.
Aben. Ay de tì, si al Carpio fueres! *vase.*
Bern. Ay de tì, si al Carpio voy!
Rey. Invencible es su valor. *ap.*
Bern. Perdona, si en tu presencia
me he tomado esta licencia
de responder à Almanzòr
colerico, y arrojado,
porque sè por cosa llana,
que ni le has de dar tu hermana,
ni al Rey de Francia tu Estado;
pues quando tu hacer intentes
qualquier cosa de las dos,
lo estorvaràn, vive Dios,
tus vassallos, y parientes.
Rey. Què valor tan atrevido! *ap.*
Bernardo, està muy bien hecho,
de vos estoy satisfecho,
muy bien aveis respondido;
besad aora la mano
à Bermudo, en quien espero
tenga Principe heredero
el Leonès, y el Castellano.
Bern. Essa es injusta eleccion,
que toda piedad condena,
viviendo Doña Ximena,
tu hermana, Infanta en Leon;
à ella sì, por soberana
señora besarè el pie,
obedeciendo, antes que
à tu sobrino, à tu hermana.
Y si por muger perdiò
la accion al Reyno, imagino,
que sobrino por sobrino,
ninguno es mejor que yo.

Rey. Si porque sobrino os diga,
Bernardo, os desvaneceis,
oìdme atento, y sabreis
la razon que à esso me obliga.
Bern. Pues para aver de escuchar
mas conforme à mi decoro,
la silla, que dexò el Moro, *Sientase.*
bien la puedo yo ocupar,
que la merezco mas bien,
y estoy, como veis armado,
de romper lanzas cansado,
y de estàr en mì tambien.
Rey. Ya es sobrado atrevimiento:
levantaos, estaos en pie.
Bern. Nunca la silla dexè
quando una vez tomè assiento.
Rey. Què es aquesto, vil bastardo?
Inf. Señor:::- *Berm.* Mire V. Alteza.
Bern. Vuestra es, señor, mi nobleza,
yo soy el mismo Bernardo,
que aveis honrado hasta aqui,
à quien Cavallero armasteis,
y à quien sobrino llamasteis;
y siendo, señor, assi,
mi honra està à vuestra cuenta,
pues dixisteis, vive Dios:
quien os afrentare à vos,
à mì, Bernardo, me afrenta.
Y pues ya de vuestra boca
afrentas tales oì,
la mitad me toca à mì,
y à vos la mitad os toca.
Rey. O villano mal nacido!
tambien conmigo se iguala?
prendedle. *Bern.* No ay en la sala
ninguno tan atrevido.
Rey. Que esto sufro! que esto aguardo!
no ay ninguno que se atreva?
matadle. *Bern.* Nadie se mueva;
cobardes, que soy Bernardo:
dame essa lanza. *Monz.* A ocasion
la pides. *Rey.* Llegad, prendelle,
vassallos. *Monz.* Nadie resuelle,
cobardes, que soy Monzòn. *vanse.*
Berm. Temerario atrevimiento!
Rey. A quien me diò este enemigo
yo le darè igual castigo;
ola, llevad à un Convento
à Ximena, muera en èl
sin vèr al Sol. *Inf.* Tus enojos
sienten con llanto mis ojos.
Berm. No es grandeza el ser cruel;
mira, señor:::- *Rey.* Quien naciò
mi sangre, còmo no siente
mi agravio? aspid rebiente
quien este monstruo pariò.
Inf. Ojos, de tristeza llenos,
pedid llanto al corazon,
pues de que os falta ocasion
no os podeis quejar al menos.
Bien, que entre tantos enojos
sin duda os podeis quejar,
que sois pocos à llorar,
si habeis de llorar enojos.
La pena, que el alma siente,
aliviarla no podeis,
pues yà veo que ofreceis
à mucho mar, corta fuente.
Mas para males tan largos,
para penas tan crecidas,
para tales avenidas,
ojos, convertìos en Argos.
Rey. Quien con libre destemplanza
se ofende, y me ofende à mì,
pidiendo està contra sì
el castigo, y la venganza.
Berm. Señor:::- *Rey.* No ay que replicar,
à un tiempo habeis de partir,
por allì vos à morir,
por aquì vos à reynar.

Vanse, y sale Abenyusef.

Abenyus. Justamente enojado, y ofendido,
la respuesta Almãzòr de Alfonso ha oìdo,
y para castigar yà justamente,
toma las armas, y convoca gente.
Yà està la furia mia
midiendo el tiempo, y deseando el dia
de verme en la campaña
con aquel su sobrino, que de España
la libertad tan à su cargo toma,
desprecio de Almanzòr, y de Mahoma:
ò estraño desvarìo!
ò arrogante Nacion! ò Español brio!

Sale Monzòn de Moro, vestido à lo gracioso, con un papel.

Monz. Jesus! temblando llego,
ciego de lengua, y de razones ciego,
à dar este papel: Moro gallardo!
valgame un estornudo de Bernardo!
què dirè? que no acierto à saludalle:
Alayzalema. *Aben.* Extraordinario talle!
quiẽ eres? *Mo.* Soy un page à media rienda
de un Moro (plegue à Dios, que no lo entienda) *ap.*
que sale desterrado de Toledo:
este papel te escrive.
Aben. Escusa el miedo:
llega mas. *Monz.* No es, señor, sino respeto,
que soy muy cortesano, y muy discreto:
vive Dios, que el demonio no intentàra
resolucion igual, ni accion tan rara. *ap.*
Lee Abenyusef. *Valeroso Abenyusef, solo por darte cuenta de mis cosas quise pasar por el Carpio: fuera de las murallas te aguardo, confiado en tu nobleza.*
Alà te guarde.
No firma. *Monz.* Es discreto el amo mio.
Aben. Mas parece papel de desafio.
Monz. Jesus! es muy tu amigo,
que viene muy de paz: què es lo que digo?
Aben. Què dixiste?
Monz. Perdido soy: Jesus dixe: què mengua!
lo que en el alma està, dice la lengua.
Aben. Còmo se llama?
Monz. Aqui me coge vivo: *ap.*
Don, Don::- *Aben.* Còmo?
Monz. Mal los nombres percibo.
Aben. Tu dueño has olvidado?
Monz. Soy flaco de memoria, y descuidado;
mas Dios me acuerde, si afirmarlo puedo:
Azarque es, desterrado de Toledo,
que es de Azarques muy antigua maña
el vivir desterrados en Ocaña.
Ab. Aora bien, dile que entre, sea quiẽ fuere.
Monz. Como và desterrado, hablarte quiere
primero. *Ab.* Entre, aũ que vaya desterrado.
Monz. Esso serà despues de averte hablado,
porque tambien, y todo,
como và desterrado, importa el modo,
y el hablarte de paso,
porque và desterrado. *Aben* Estraño caso!
què haceis en referirme este destierro?
Monz. Dificil es, por Dios, cazar un perro.
Aben. Vè, y dile, que ya salgo.
Monz. No fuera malo prevenirnos algo
de comer, porque estamos
en ayunas los mozos, y los amos.
Aben. Basta, que eres criado entretenido.
Monz. Comerè como un lobo descosido;
pero no has de olvidarte de que espera
mi amo, *Aben.* Luego voy.
Monz. De esta manera *ap.*
engañado, le asseguro.
Aben. Donde dices que està?
Monz. Fuera del muro:
no quieras dilatallo.
Ab. Miẽtras tu comes, me pondrè à cavallo.
Vase Abenyusef.
Mon. Què comer? guarda Pablo, q̃ por ya
vendrà à ser la comida pan de perro,
cogiendome entre puertas
essos que aora me las dàn abiertas;
mientras toma el cavallo se la pego,
tomando las del mismo Villadiego.

Vase, y sale Bernardo de Moro, con lanza, y adarga.

Bern. Cuidadoso de Monzòn,
arreatado à un fresno dexo
el cavallo, y poco à poco
à las murallas me acerco,
por si sale Abenyusef;
el hecho mas arduo intento,
que acreditan las Historias
de los Romanos, y Griegos:
pero ya buelve Monzòn.
Sale Monz. Dame tus brazos.
Bern. Què has hecho?
Monz. Abenyusef te lo diga,
que al galope de un overo
viene tràs de mi buscando
al Moro Azarque mi dueño,
que asi te nombrè, y que vienes
desterrado de Toledo.
Bern. Suerte dichosa he tenido.
Monz. No tan dichosa, que el perro

es un javàn, y no eſtà
tan en la bolſa el ſuceſſo.

Bern. Què importa, Monzòn, ſi yo
tengo de mi parte al Cielo?

Monz. Ya ſe apea del cavallo,
y à verte viene reſuelto.

Sale Abenyuſef con lanza, y adarga.

Bern. ¡Moro es valiente, y noble. *ap.*

Aben. Guardeos Alà, Cavallero.

Bern. Bien venido, Abenyuſef:
conoceſme? *Aben.* Tu eſcudero
me ha dicho, que eres Azarque,
y que por cierto deſtierro
dexas tu patria, aunque tù
en tu papel no hablas deſto.

Bern. Pues no ſoy ſino Bernardo,
Moro, que à cumplirte vengo
la palabra, y à buſcarte
al Carpio: y yo ſoy el meſmo
que la reſpueſta te diò
en Leon, y quien pretendo
aora darte à entender
quan diferentes, y opueſtos
ſomos Godos, y Africanos,
aunque nos influya un Cielo.

Aben. Valiente eres, y animoſo,
nunca eſperè lo que has hecho:
porque venirte à mis manos
como al imàn el acero,
tan bizarro en los peligros,
y tan hallado en los rieſgos,
es accion, que me ha cogido
de ſuſto todo el aliento.

Bern. El que de Eſpañol ſe precia,
obrando mas, habla menos.

Aben. Si he de pelear contigo
lanza a lanza, y cuerpo à cuerpo,
bien podràs ſer mas dichoſo
conſiguiendo el vencimiento,
pero mas valiente no.

Bern. Sì lo ſoy, pues ſolo vengo
ſolo à tu caſa à buſcarte.

Aben. Toma el cavallo.

Bern. Haz lo meſmo.

Aben. Preſto veràs ſi te igualo.

Bern. Preſto veràs ſi te excedo.

Aben. Laſtima tengo à tus años.

Bern. Lo piadoſo te agradezco.

Vanſe los dos, y queda solo Monzòn.

Monz. A un golpe de la fortuna
ſe ha embidado todo el reſto,
plegue à Dios, que no perdamos;
mas ſervirà de conſuelo
à toda deſdicha el vèr,
que con buen punto perdemos.
Ya traban la eſcaramuza,
ya ſe buſcan, y cubiertos,
por la mitad del adarga
tercian el robuſto freſno.
Valiente, y dieſtro es Bernardo,
el Moro es valiente, y dieſtro;
mas vive Dios, que el muchacho
entra, y ſale tan ligero,
que dos tiempos executa
primero que el Moro un tiempo.
Ea, valor de Caſtilla:
bravo golpe! bravo encuentro!
de la ſilla le ha ſacado,
y deſnudando el azero,
bizarramente deſtroza
la cabeza de aquel cuerpo,

Sale Bernardo embaynando la espada.

Bern. Aqueſto es hecho, Monzòn,
ponte en el cavallo meſmo
del Moro, con ſu cabeza
en el arzòn, vè diciendo
por el Carpio: Santiago,
que del Carpio he ſer dueño.

Monz. Dame eſſa mano, ſeñor,
que con lo que aora has hecho,
Alcides fue un mata moſcas,
una dueña fue Teſèo,
y un enano, vive Chriſto,
fue Aquiles, y callar puedo.

Bern. Haz, Monzòn, lo que te mando.

Monz. Santiago al Carpio demos,
y en el cavallo del Moro
entrarè por èl diciendo
lo que ya en Francia los hijos
de la Barbuda dixeron:
Santiago, Santiago. *Bern.* Viva
Alfonſo, del Carpio dueño. *vanſe.*

Sa-

Salen el Rey, Bermudo, y acompañamiento.

Rey. En esta antigua, y generosa Villa
de Luna, donde à Cortes se han juntado
los Reynos de Leon, y de Castilla,
quiero, Bermudo, que quedeis jurado.

Berm. Quien levanta su hechura, mas la humilla:
mas vuestro quedo, quanto mas honrado,

Rey. Este Castillo anciano, cuyas piedras,
del tiempo envejecidas, peynan yedras,
larga prision, ò sepultura ha sido
del desdichado Conde de Saldaña:
aqui, de su traycion arrepentido,
exemplo vive à la lealtad de España.

Berm. Nunca mas de Bernardo se ha sabido,
que su sobervia presuncion le engaña.

Rubio. Se sabe, que en el Carpio retirado,
sirviendo al Moro, puede dàr cuidado.

Rey. Nunca à mì le diò: y yo he sabido,
que no solo à quien es Bernardo atiende,
Religioso en la Fè que ha recibido,
mas que del Carpio la conquista emprehende.
Esto, Conde, es verdad: y aunque atrevido
su libre condicion tal vez me ofende,
como en èl sangre mia considero,
quando estoy mas ayrado, mas le quiero:
Mas què caxas son estas? *Tocan caxas.*

Rubio. Al sòn grave
de un atambor, que los vientos inquieta,
y à la voz de un pifano suave,
que el contrapunto lleva à la baqueta,
Bernàrdo marcha. *Rey.* Ya sin duda sabe
la verdad, que hasta aqui le fue secreta,
y que en esta prision, viviendo muere
su padre el Conde, y libertarle quiere.

Rubio. Retirate, señor. *Rey.* Què decis, Conde?
yo retirarme? mi presencia sola
à Exercito mayor no corresponde?
la autoridad Real, la fé Española
nunca retira el rostro, ni le esconde:
yo solo, vive Dios, he de esperallo.
que no ay valiente, con su Rey, vassallo.

Sale Bernardo marchando, y Monzòn con Vanderas, y Cautivos presos.

Bern. Señor, si tus pies merece
quien tu disgusto ocasiona,
para redimir mi culpa
te ofrecerè yà una victoria.
Al Carpio lleguè, y con una
estratagema dichosa,
à Abenyusef, Alcayde suyo,
fiero blason de Mahoma,
saquè à la campaña, adonde

de

de la mia à ſu perſona,
le dì à enterder las ventajas
de nueſtra Nacion heroyca.
Cuerpo à cuerpo le dì muerte,
eſcriviendo con la roja
tinta de ſu ſangre, triunfos
para la familia Goda.
Con ſu cortada cabeza
paſsè al Carpio (accion heroyca!)
à governar à los ſuyos:
deſcerrajè las mazmorras
de los Chriſtianos Cautivos,
y con ſu ayuda, aunque poca,
gané al Carpio; bien lo dicen,
aunque en moderada pompa,
eſſas Vanderas vencidas,
que arraſtradas ſe te poſtran.
Y aſpirando à mayor triunfo,
con eſta pequeña eſcolta
de priſioneros Chriſtianos,
alcancè felìz victoria
de diez y nueve Caſtilles,
que rendidos me ſobornan
con vaſſallage, obediencia,
con blaſones, vanaglorias.
Todo es tuyo, ſolo quiero;
porque al olvido ſe oponga,
el apellido del Carpio,
y por Armas prodigioſas
los diez y nueve Caſtillos,
triunfo de mi eſpada ſola.

Rey. Bernardo, ſobrino, amigo,
poco hace, quien os perdona,
quando vos ſabeis ganaros
la gracia con tales obras.
Dadme los brazos, y ya
que ſangre mìa os abona,
poned un Leon por Armas,
y los Caſtillos por orla.

Abrazale.

Bern. Con tal favor, Magno Alfonſo,
temblarà el Africa toda.

Rey. Abrazad à vueſtro primo.

Berm. Honrais, primo, la Corona
de Leon, pues por vos ſolo
tan grandes aumentos goza.

Sale Doña Sol, y acompañamiento.

Sol. Dème los pies vueſtra Alteza.

Rey. Sol, aveiſme ſuſpendido:
quièn à Leon os ha traìdo?

Sol. Una eclypſada belleza,
la mas cortès humildad,
la grandeza mas poſtrada,
la fé mas ciega, y vendada,
la mas preſa libertad.
Sabiendo, Señor, tu intento
quien le venera, y le adora,
que es la Infanta mi ſeñora,
para hacer el juramento
poder baſtante me ha dado;
y en fè de que mas ſe humilla,
el derecho de Caſtilla
en Bermudo ha renunciado:
eſta es la renunciacion.

Dàle un papèl.

Rey. Sol, nunca mas lo aveis ſido,
pues me aveis enternecido.

Bern. Aqueſta es buena ocaſion: *ap.*
Señor, ſi de mi lealtad
en parte alguna te obligas,
ſuplicote, que me digas
aquella oculta verdad,
que ſabes ignoro yo.
Ceſſen ya, ceſſen agravios,
y ſepa yo de tus labios
el padre, que el sèr me diò:
que afrentado en mis enojos,
ſiendo Sol la luz que eſtimo,
quando à mirarla me anìmo,
baxo cobarde los ojos.

Rey. Ambos eſtàn à mis pies, *ap.*
y de ambos ſiento el peſar:
Sol; bolvedme luego à hablar;
Bernardo, vedme deſpues.

Vanſe todos, y queda Bernardo, Monzòn, y Doña Sol.

Sol. Que tan poco valga en tì,
invicto Alfonſo, mi llanto!

Bern. Que en quien tiene de Dios tanto
huya la piedad aſsi!
Sol hermoſa, perdonad,
que del alma, ſi pudiera,
à vos la mitad os diera,

y

y à la Infanta otra mitad.

Sol. Bernardo, en vueſtros enojos
parte me toca, y no poca;
mas como falta en la boca,
buſco la lengua en los ojos.

Bern. Si vos tambien me encubris
eſte ſecreto, què aguardo?

Sol. No puedo hablar yo, Bernardo.

Bern. Harto en eſſo me decìs.

Sol. Y harto hago en encubrillo.

Bern. Y yo en tener ſufrimiento
en la ſinrazon que ſiento.

Sol. Eſte encantado Caſtillo
encubre lo que buſcais.

Bern. Què decìs?

Sol. No me entendeis?
deſencantarlo, y vereis
todo lo que deſeais. *vaſe.*

Bern. Monzòn, ſin alma he quedado.

Monz. Y yo mucho mas, ſeñor,
porque à quièn no dà temor
vèr un Caſtillo encantado?

Bern. Vive el Cielo Soberano,
que no ha de quedar en èl
piedra, cornifa, ò lintèl,
que no regiſtre mi mano.

Monz. Sol, ſi eſta nueva nos dais,
por què tan preſto os poneis?

Bern. Deſencantadle, y verèis
todo lo que deſeais:
Vèn, Monzòn, que de mi llanto
la ſerenidad es cierta.

Monz. Yo me quedarè à la puerta
mientras vences el encanto.

Bern. Què poco eſtimas los gozos,
que yo he de partir contigo!

Monz. Nunca, ſeñor, fui yo amigo
de encantados calabozos.

Bern. En vano, Monzòn, procuras
quedarte; paſſa adelante.

Monz. De què Caballero Andante
ſe cuentan mas aventuras?

Bern. Sol lo dixo, y pues lo es tanto,
que deslumbra mi fortuna,
entro al Caſtillo de Luna
à deſcifrar eſte encanto.

Vanſe todos.

Sale el Conde de Saldaña con barba cana, y cadena, mal veſtido, como que và á tientas.

Conde. Deſdichada ſuerte mia,
haſta quando has de durar?
Noche, acaba de paſſar,
llegue de mi muerte el dia.
Noche es la Noruega fria,
de mis ojos muerte ayrada:
còmo eres tarda, y peſada?
Mas debes de ſer Muger,
muerte, pues mas quieres ſer
temida, que no rogada.

Arrimaſe el Conde, y ſalen Bernardo, y Monzòn con las eſpadas deſnudas.

Bern. Monzòn. *Monz.* Señor.

Bern. Haſta aqui
la luz del Sol me alumbraba.

Monz. Eclipsòla mi deſdicha,
aqui ſus rayos no alcanzan.

Bern. Què obſcuridad! *Conde.* Ay de mi!

Bern. Valgame Dios!

Monz. Què encantada
voz! Santa Clara bendita,
ſi ſois por Clara abogada
de obſcuridades, lo claro
de vueſtro nombre me valga.

Conde. Triſte de mì, ſin ventura!

Monz. Cadenita nos arraſtra?
Moro encantado tenemos.

Bern. Ardientes ſuſpiros lanza,
y triſtes lagrimas vierte.

Monz. Deſta manera lloraba
aquel Cautivo en Oràn,
en la deſierta campaña;
mas aqui, ſeñor, yo pienſo,
que dos mil Demonios andan.

Bern. Vive Dios, que he de ſaber
quien ſe queja, ò porquè cauſa.

Conde. Quando entrè en eſte Caſtillo
apenas tenìa barba,
y aora por mi deſdicha,
la tengo crecida, y cana.
Olvidado eſtoy, ſin duda:
pero quien eſtà en deſgracia
de ſu Rey, todos le olvidan,
haſta ſu ſangre le falta.

Què

Què bien ſe vè! pues mi hijo,
ſiendo prenda tan del alma,
con tanto deſcuido vive,
con tanto olvido me agravia.
Valiente me dicen que es
los Monteros, y los Guardas,
que dicen ſus valentìas,
y me cuentan ſus hazañas.

Bern. Azia aquì, ſi no me engaño,
queda una voz ſe eſcuchaba.

Conde. Ay hijo del alma mia!
ſombra he quedado, y fantaſma
deſtas obſcuras tinieblas,
deſtas lòbregas moradas.

Monz. Fantaſma dixo? què eſperas?
quièn nos mete con fantaſmas?

Bern. Quièn eres, ſombra, ò viſion,
que atemorizas, y eſpantas?
de què agravio te lamentas?
de què ſinrazon te agravias?

Conde. Quièn es el que lo pregunta?

Bern. Quien, piſando horrores, llama
à los peligros, ſe atreve
à poner aquì las plantas
deſte encantado Caſtillo,
porque le importa à ſu fama
ſaber lo que en èl ſe encierra.

Conde. Si eſſa inclinacion gallarda
tuviera algun hijo mio,
no fueran mis penas tantas.

Bern. Haced cuenta que lo ſoy,
y decidme lo que os falta.
que vive Dios, que deſcienda
de un rieſgo en otro, à la eſtancia
del abiſmo, y que encadene
aquel monſtruo de tres caras
con los hierros que le afligen,
y vueſtro encanto deshaga.

Conde. No eſtoy encantado, no,
muerto sì, que es mas deſgracia.

Monz. Muerto dixo? aqui del miedo:
aun peor eſtà, que eſtaba.

Conde. Poſsible es, que no ſabeis
mi hiſtoria, quando en Eſpaña
es tan pùblica, que yà
hasta los niños la cantan?

Bern. Que yo la ignoro, confieſſo.

Conde. Entre otras pobres alhajas
ha de haber aqui una ſilla: *Sientaſe.*
ſentaos, la oìreis, que no es larga.
Muchos años ha (que muchos
ſon los que en priſion ſe paſſan)
que en aqueſtos hierros vivo,
ſiendo otros yerros la cauſa:
aunque ſi yerros de Amor
ſe diſculpan en quien ama,
nunca en generoſos pechos
cupieron tantas venganzas.
Verdad es, que de mis penas
la mas crecida no iguala
al menor bien que gocè;
que aunque todas las paſſadas
glorias parecen menores,
las mias no ſe comparan
con las demàs, porque fueron
mas allà de la eſperanza.
Volè à el Sol (què atrevimiento!)
lleguè al Sol (què libres alas!)
fui embidiado (què peligro!)
caì del Sol (què deſgracia!)
Fui yo en mis años primeros
muy dichoſo con las Damas,
que era muy galàn decìan:
ay Dios, como ſe engañaban!
Puſe los ojos en una,
que por lo menos fue hermana
del Rey de Leon el Caſto:
aquì la memoria acaba,
perdonad, que me enternezco
en tratando de la Infanta.

Bern. Deſcanſad, que con el llanto
los afligidos deſcanſan.

Conde. Merecì favores ſuyos,
y reſultò deſta cauſa
un hijo, que aora (ay de mì!)
con què ingratitud me paga
el sèr que le dì, pues nunca
ſe ha acordado de mis canas!
Servì al Rey contra los Moros
de Toledo, y Calatrava,
ganando muchas victorias,
venciendo muchas batallas,
porque peleaba Amor
con el afecto, y las armas.

Las

Las mercedes que me hacìa,
à mis amigos las daba,
para enmudecer la embidia,
si ay precio que tanto valga.
Vendiòme, al fin, un traydor,
que era el mismo que criaba
mi hijo, zeloso en fin,
que zelos lealtad no guardan.
Descubriò al Rey el secreto,
y con unas falsas cartas
à este Castillo me embia,
donde riguroso manda,
que en èl me saquen los ojos,
y que en esta prision vaya,
como el gusano de seda,
con mi llanto, y con mis ansias,
labrando para la vida
el sepulcro, y la mortaja.
Pero lo que mas me aflige
en penas tan dilatadas,
es, que la sangre en mi hijo,
ni le incita, ni le llama,
ni de mi prision se ofende,
ni de mi olvido se agravia.
Sobrino le llama el Rey,
y pienso que esta es la causa
que le obliga à este desprecio;
pues vive Dios, que se engaña,
que si es noble, por mi es noble,
si es valiente, de mi espada
heredò la valentìa:
si las Lunas Africanas
pone à sus pies, de mi historia
son capitulos, que arranca,
parrafos, que deletrèa,
y clausulas, que traslada.
Enojado estoy: ay hijo!
perdona, si mis palabras
te ofenden; y vos, señor,
perdonadme, que me saca
de la modestia el pesar,
pero la vejèz me salva.
Bern. Puede ser, que vuestro hijo
viva en la misma ignorancia
que yo, que nunca he sabido
de quanto decìs, palabra:
còmo se llama? *Conde.* No sè;
yà no sè como se llama,
que solo el nombre de hijo
tenàz la memoria guarda.
El Carpio ha ganado aora,
y fuera mejor ganancia
dàr libertad à su padre,
ò à lo menos procurarla.
Bern. Ay padre del alma mia! *ap.*
llegò el desengaño al alma;
mas basta saber quien es,
hagan los afectos pausa,
y al silencio de los labios
mueva el corazon las alas:
Podrè yo saber quien sois?
Conde. Notable es vuestra ignorancia;
pues mi nombre no sabeis:
el Conde soy de Saldaña.
Bern. Deja, padre generoso,
que en su llanto se deshaga
à tus pies un hijo indigno.
Conde. Quèn decìs? aqui se acaba
mi vida, que del contento
tal vez la alegria mata.
Bern. Bernardo tu hijo soy.
Conde. Bernardo, hijo, que el alma
se me acabò de alegrar,
(ay hijo de mis entrañas!)
yà estaràs hombre?
Bern. Y tan hombre,
que à saber esta ignorada
verdad, huviera deshecho
piedra à piedra la muralla
desta prision por librarte,
aunque al respeto faltàra:
mas que del Rey, tengo queja
de tì, porque lo callabas,
quando la sangre en mi pecho
me lo dixo veces tantas.
Monz. Y Monzòn tambien, señor,
và pelechando, aunque anda
à pleyto con sus vigotes,
porque de tan mala gana
salen, que barba à lo tygre,
un pelo aqui, y otro en Francia.
Conde. Hijo Monzòn, aqui estàs?
Monz. Si señor, la mano alarga,
tentaràs unos vigotes

ſetemeſinos, que aguardan
un Barbero del Japòn
con Indianas esperanzas;
y por ello pienſo que
les han quemado en eſtatua.

Bern. A deshacer eſte encanto
me entrè aquì, y porque deshaga
encanto, y agravio à un tiempo,
oy, à peſar de las Guardas,
Aquiles de aqueſtos hombros,
ſaldràs de priſion tan larga.

Conde. No hijo, no quiero yo,
con el amor os culpaba:
ſin que lo conſienta el Rey,
ni aun la libertad me agrada.
Pedidſela vos, Bernardo,
que de los Reyes la gracia
con la ingratitud ſe pierde,
y con los ruegos ſe gana.

Monz. Señor, el Rey, Don Bermudo,
Doña Sol, Don Rubio, y hachas,
una proceſsion, con otra
de picas, y de alabardas,
vàn entrando. *Conde.* Ay de mi triſte!
muerto ſoy: ſobreſaltada
la vida entre dos extremos
ſe apreſura, y ſe deſmaya.

Sale el Rey, Doña Sol, Bermudo, Don Rubio, y acompañamiento con hachas.

Rey. Retiraos, dejadme ſolo,
y porque nadie ſe ſalga,
echad, Alcayde, el raſtrillo.

Bern. Con que tu lo mandes, baſta,
que para prender leales,
raſtrillos ſon las palabras
de los Reyes, mayormente
quando al filo de eſta eſpada,
ni herrada puerta es defenſa,
ni fuerte raſtrillo es guarda.
Alfonſo, Rey de Caſtiila,
y de Leon, à quien llaman
el Caſto (pluguiera al Cielo,
que nunca te lo llamàran,
pues es virtud, que en los Reyes
la ſucceſsion embaraza:)
Yo ſoy Bernardo del Carpio,
y yo nacì de tu hermana
la Infanta Doña Ximena,
y del Conde de Saldaña.
Eſta verdad me has negado,
y aunque ſobrino me llamas,
no es buen parenteſco aquel
adonde el padre ſe calla.
Yo le he hallado en el Caſtillo,
à quien encantado llaman,
quizà porque tu, ſeñor,
en èl à mi padre encantas.
A reſcate te le pido:
mira quantas Africanas
cabezas quieres por èl;
y ſi aqueſto no te agrada,
y en tu Reyno eſta moneda
por foraſtera no paſſa,
Vanderas, Villas, Caſtillos
te ofrezco; quede aſſentada
en tus libros la razon,
que como mi padre ſalga
de la priſion, el valor
de Bernardo la afianza.
Mas ſi cruel me le niegas,
aun bien que à puerta cerrada
nos hallamos, vive Dios,
que de quantos te acompañan
no ha de quedar hombre vivo,
empezando mi venganza
por algun cobarde amigo,
que traydor me eſcucha, y calla.
Y quando me aya vengado,
pondrè, ſeñor, à tus plantas
mi cabeza, porque veas,
que la obediencia no falta.

Rey. Ceſſe, Bernardo, el enojo,
buelve la eſpada à la bayna,
que à daros à vueſtro padre
entrè aqui, y à que la Infanta
ſea ſu eſpoſa, y vos quedeis
legìtimo, à fuer de Eſpaña.

Bern. A fuer de eſclavo, ſeñor,
mi boca en tus pies ſe eſtampa:
Conde, y ſeñor: mas què es eſto?
muerto eſtà. *Rey.* Què decìs?

Bern. Baſta,
que, ò le matò el contento,

ò el respeto de que entrabas.
Rey. Miradlo bien.
Bern. Marmol frio
yace en cadenas pesadas:
ha buen Conde Sancho Diaz!
ha buen Señor de Saldaña!
Rey. La mano, aun despues de muerto,
se la ha de dàr à mi hermana.
Bern. Retiraos todos, que quiero
cortar prision tan pesada
con el lustre de mis glorias,
ò el filo de aquesta espada:
Sol, vuestro esclavo es Bernardo.
Sol. Soy dichosa.
Monz. Porque vaya
la soga tras el caldero,
yo me casarè mañana
al instante.
Bern. Y el Bastardo
de Castilla en esto acaba.
Monz. El casamiento en la muerte,
el tàlamo en la mortaja,
y à un tiempo exequias, y bodas,
que esto hace quien se casa.

F I N.

Hallaráse esta Comedia, y otras de diferentes Titulos en Madrid en la Imprenta de Antonio Sanz, en la Plazuela de la Calle de la Paz.
Año de 1751. *